

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Todo el saber del mundo

La pretensión del ser humano es infinita. Alguien pretende poseer nada menos que todo el saber del mundo. Mucho saber es ése, pero por si realmente lo ha conseguido, decide asegurarlo, preservarlo de un posible olvido o cualquier otro percance de la humanidad. Para ello, lo resume y graba en modernos sistemas que son introducidos en la cápsula «Sapiens», la cual es lanzada al espacio, donde permanecerá hasta que tal vez algún día esa sabiduría deba ser recuperada para la Tierra…



Lou Carrigan

Todo el saber del mundo

Brigitte en acción - 453

ePub r1.1
Titivillus 17.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



El lanzamiento

Faltaba todavía una hora para el amanecer cuando se produjo el lanzamiento.

Aparentemente, todo estaba normal. Se oía la cuenta atrás, y al llegar a cero se produjo la luminiscencia de la combustión. Pareció que se hiciera de pronto de día, la nube blanca y rosa se esparció alrededor del cohete portador de la cápsula, y con lentitud poderosa se produjo el despegue.

El poderoso artefacto partió hacia el cielo estrellado, dejando atrás la blanca cola que parecía tener luz propia. Describió una línea apenas curva, y, a enorme velocidad, prosiguió en busca de los espacios celestiales.

Abajo, en la base de lanzamiento, parecía que una vez lanzado el proyectil portador todo hubiese terminado. Después que se hubo desvanecido el rugido del despegue todo quedó en silencio.

En extraño, inquietante silencio.

Talmente como si después de haber cumplido cada cual con su misión todos se hubieran quedado súbitamente dormidos. O tal vez como si no hubiera habido nadie a los controles de todo el aparato necesario para uno de aquellos costosos lanzamientos, Pero esto ya no sorprendía a nadie: ni el costo, ni el mérito científico o técnico, ni el grado de preparación de los hombres… Ya todo era normal. ¿Un cohete a Marte portando un par de monos para que se diesen un paseo por allá a ver qué ocurría? Normal. ¿Una plataforma espacial cargada con doscientas bombas más que suficientes para arrasar desde lo alto el planeta Tierra? Normal. ¿Un viaje a la Luna? Eso ya ni siquiera interesaba a los niños…

El cohete portador de la muy especialísima cápsula estaba ya tan lejos de su rampa de lanzamiento que ni siquiera se divisaba su cola de combustión cuando comenzaron a aparecer algunos hombres, procedentes del interior de los edificios de la zona secreta de

lanzamientos norteamericanos. En silencio siempre, y, lo que era más sorprendente, ataviados todos ellos con un traje especial de vuelo, una escafandra autónoma provista de los más adelantados y sofisticados procedimientos de seguridad.

Los hombres se movían lentamente, caminando todos ellos hacia un enorme camión que en ambos lados de la hermética caja de aluminio llevaba la inscripción:

UNITED STATES SCIENTIFIC INVESTIGATION.

Siempre despacio, los fantasmales personajes fueron subiendo a la caja del camión, hasta que, evidentemente, no quedó nadie más por subir.

Entonces el camión se dirigió hacia las cabinas de control de recepción de visitantes al campo. Las barreras fueron alzadas delante del camión, y al poco aparecieron tres hombres más, igualmente ataviados con el equipo llamado «de astronauta». También estos tres hombres subieron a la caja del camión, que finalmente fue cerrada.

El camión partió, alejándose sin prisas del campo secreto donde se había verificado el especialísimo lanzamiento.

Todo quedó en silencio.

Fueron pasando los minutos, comenzó a aparecer la lívida claridad del día, luego el resplandor rojo y bello del sol, después el intenso resplandor dorado. Alrededor del campo de lanzamiento, en los árboles y matorrales cantaban los pájaros, tal vez sorprendidos y hasta posiblemente envalentonados por aquel inusual silencio par parte del ser humano.

Por fin, cuando ya la claridad del día era un hecho, de pronto, comenzó a sonar la alarma en la zona.

Pero para entonces, el proyectil estaba ya muy lejos. Mejor dicho, el proyectil se había desprendido en su primera fase, y había caído al mar, mientras la segunda fase seguía impulsando hacia el espacio la cápsula espacial que contenía TODO EL SABER DEL MUNDO.

Capítulo primero

—Pero… ¿cómo es posible eso? —Acertó por fin a exclamar Frank Minello—. ¡Zambomba, ustedes están hablando del robo de una cápsula espacial como si se tratara del atraco a un banco!

—Si la gente que se dedica a atracar bancos lo hiciera con la perfección con que se produjo el robo de la cápsula —replicó *Mr.* Cavanagh— todos los bancos del mundo podrían despedirse de su dinero.

—Fue todo perfecto —apoyó Charles Alan Pitzer a Cavanagh—. No tuvieron el menor fallo, Frankie. Sencillamente, lo hicieron.

—Espero que no me estén tomando el pelo.

—Será inevitable que la noticia trascienda esta tarde en todos los periódicos y noticieros de radio y televisión de Estados Unidos. Se ha intentado frenar la noticia, pero sólo se ha conseguido por unas horas. Y naturalmente, las agencias informativas de todo el mundo también entrarán en poder de la noticia.

—Para usted y para Brigitte esto es una auténtica primicia periodística —añadió *Mr.* Cavanagh—, que naturalmente, por el momento no pueden utilizar.

—Pues si no podemos utilizarla… ¿para qué se han molestado en venir a facilitárnosla? —protestó Minello.

—En realidad, nuestra intención era explicarle a Brigitte lo sucedido, con la esperanza de que quizás ella tuviera una de sus buenas ideas o intuiciones que pudieran servir para iniciar la búsqueda de la cápsula.

—¿Sí? —masculló Minello, mirando de reojo a Brigitte—. Pues yo diría que Brigitte no siente gran interés por todo ese asunto de la cápsula robada.

Los otros dos asintieron, mirando no poco perplejos a Brigitte Montfort, que, sentada en el sofá, de dedicaba a leer el periódico como si fuese lo único que le importara en el mundo.

Aquella noche se había acostado muy tarde, por lo que había que disculparla que casi a mediodía todavía estuviera en pijama y con su hermosa cabellera suelta, espléndida. El pijama era azul, como sus ojos celestiales, aunque llevaba bordados unos anagramas en rosa. Brigitte era tan hermosa que su contemplación dejaba sin aliento, incluso con aquella sencilla indumentaria tan íntima, de fina tela sedosa, en la que se marcaba la forma de sus turgentes pechos y los pezones deliciosamente abultados.

Frente a ella, en la mesita, estaba el servicio de café que poco antes había servido Peggy, la doncella de la periodista-espía. En el cenicero humeaba un cigarrillo. En un lado de la mesita, doblados, había varios periódicos, esperando su turno.

No parecía que a la señorita Montfort le interesara ni poco ni mucho lo que hablaban sus amigos, porque de pronto dijo:

—El profesor Daniel Legrain se ha suicidado en París.

Al hablar alzó los párpados, y la luz azul de sus ojos pareció esparcirse por el amplio y magnífico salón de su apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina, frente a Central Park.

Estaba guapísima. Tal vez por eso los tres hombres permanecieron unos segundos contemplándola como pasmados. Por fin, reaccionaron, si bien de distinto modo: Minello soltó un bufido, Cavanagh alzó las cejas con gesto de sorpresa, y Pitzer (al que Brigitte llamaba tío Charlie), jefe del Sector New York de la CIA, se quedó mirando especulativamente a Brigitte.

—¿Y a quién le importa la muerte de ese franchute? —exclamó Minello—. ¡Estamos hablando de lo sucedido en la rampa de lanzamiento de…!

—Sí, ya sé —sonrió Brigitte.

Y tomó un sorbo de café. Cavanagh, jefe absoluto del Grupo de Acción de la CIA, también comenzó a mirar a la agente Baby con cierto desconcierto un tanto irritado.

—Se diría que el asunto no le interesa ni poco ni mucho —dijo.

—¿Qué asunto? —inquirió Brigitte.

—¡Zambomba! —Respingó Minello—. ¡A ver si ha estado prestando tanta atención al periódico que ni siquiera se ha enterado de lo otro!

—Claro que me he enterado —lo miró cariñosamente Brigitte—

… Al parecer han robado un proyectil espacial que portaba todo el saber del mundo. Bueno, todo el saber del mundo estaba en la cápsula que ese proyectil debía haber puesto en una órbita especial a la espera de que algún día pudiera ser necesario a la Humanidad… que quedase viva tras un más que posible holocausto nuclear. O sea, supongamos que organizamos una de esas simpáticas guerras en las que unos exterminan a otros y sólo quedan unos cuantos pájaros, alguna lagartija, una pareja de ratas, y a lo mejor algún simpático oso que estuviera invernando en el momento de las explosiones asesinas… Pues bien, todos estos bichos, únicos seres que quedarían vivos en el planeta, suben a alguno de nuestros artefactos que por casualidad hubieran quedado útiles, emprenden el vuelo en busca de la cápsula… ¿cómo la llaman?

—«Sapiens» —dijo suavemente Pitzer.

—Oh, claro… ¡Naturalmente! ¿De qué otro modo podía llamarse una cápsula que contiene todo el saber del mundo? ¡Qué barbaridad, todo el saber del mundo! ¿Se dan cuenta ustedes de lo maravilloso que es todo eso?

—Me parece que te estás pitorreando de nosotros —farfulló Frank.

—Claro que no —aseguró Brigitte—. ¿Es que a ti no te parece maravilloso? Fíjate bien, Frankie: los hombres de Ciencia de las naciones más avanzadas de la Tierra, preocupados por lo que pudiera ocurrir con todos los conocimientos científicos actuales de la Humanidad si se produjera la tan temida masacre mundial, tienen la idea: reunir los conocimientos de todos los científicos más significados del mundo, por supuesto con el previo consentimiento de sus respectivos países, y organizar una especie de… biblioteca por medio de microvídeos y *disketts* que reúnan todo el saber del mundo. Este proyecto, que se inició hace bastantes años, finalmente se lleva a la práctica, tras ponerse de acuerdo los países más significados: Rusia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Suecia, China… No ha sido nada fácil, pero se ha conseguido. Así que Estados Unidos ofrece una de sus bases espaciales de lanzamientos, todo el material es llevado a ésta, instalado en una cápsula especial, y ésta dispuesta sobre un proyectil que la ha de colocar en órbita. De este modo, si todos

morimos, el oso, la lagartija y demás podrán ir a ver qué sabíamos antes de morir.

—Se supone —masculló Cavanagh— que por terrible que fuese esa guerra nuclear siempre quedaría alguien que podría trasladarse a la cápsula «Sapiens» y obtener de ella los conocimientos suficientes para que la Humanidad que quedase con vida se aprovechara adecuadamente.

—Sí, sí, ya sé que ésa es la idea —asintió Brigitte—. Pero… ¿qué ocurre? Pues que unos cuantos muchachos listos se presentan en la zona de lanzamiento de improviso, lanzan gas narcótico para dormir a todo el personal de la base, lo controlan todo ellos, proceden por su cuenta a lanzar la cápsula al espacio, y luego se van tranquilamente en un enorme camión de la USSI que luego es hallado abandonado.

—No cabe duda de que lo habían planeado bien —asintió Cavanagh.

—¿Bien? —Abrió mucho los ojos la divina espía—. ¡Vamos…! Para apoderarse hasta ese punto de una base de lanzamientos no basta hacer las cosas bien en su aspecto puramente táctico, sino que, además, hay que disponer de personal altamente especializado en estas cuestiones. O sea, que todo el plan debía de estar preparándose hacía mucho tiempo, contando en él con astronautas, técnicos de control y lanzamiento, auxiliares de servicios… ¿No se dan cuenta? Lo han hecho como si hubieran sido ellos, los intrusos, quienes hubieran estado ensayando todo el proceso desde varias semanas atrás.

—Lo que usted trata de decir es que alguien les ha ido informando de cómo iban las cosas, y esa gente que se apoderaron de la base sabían de punta a punta todo lo que tenían que saber, dónde estaban las cosas, cómo funcionaban… Todo eso.

—Es evidente, ¿no? —sonrió Brigitte.

—Sí, es evidente…

El teléfono sonó en aquel instante, y Minello, como si estuviera en su casa, atendió la llamada.

Escuchó unos segundos, tendió el auricular a Pitzer, y gruñó:

—Es su compinche de la floristería.

Pitzer se puso en pie, y se acercó al aparato, para atender la comunicación de su hombre de confianza en el Sector, que

compartía con él inofensivas tareas falsas de floricultor en una tienda sita en el 1044 de la Segunda Avenida.

—¿Sí? —murmuró.

Pitzer escuchó, dijo «enterado», colgó, y fue a sentarse en el sitio de antes. Sacó su pipa y procedió a encenderla, observado por los demás.

—¡Escuche, cuervo de mal agüero…! —empezó Minello.

—Mi ayudante me ha llamado para decirme que ha sido informado con urgencia desde la Central de la CIA respecto al secuestro, anoche, de dos veteranos astronautas del equipo de la NASA. Las respectivas familias estuvieron vigiladas por hombres encapuchados, que solamente hasta hace una hora abandonaron su vigilancia y desaparecieron. Así que hace poco que la noticia de ese secuestro ha llegado a la Central. —Pitzer hizo una breve pausa, mirando a Cavanagh—… En la Central querían que usted supiera esto cuanto antes.

—Sí, ya lo he comprendido —asintió Cavanagh.

—Pero… ¿qué significa todo esto? —exclamó Minello.

—Significa —dijo Brigitte— que esa gente previamente se procuró los servicios de dos astronautas.

—Pero… ¿para qué? ¿Para qué los quieren? Esa cápsula, la que llaman «Sapiens», no va tripulada, así que…

—No estaba previsto que fuese tripulada, puesto que debía quedar en el espacio quién sabe cuánto tiempo y tiempo describiendo su órbita —dijo Brigitte—, pero quizás alguien cambió los planes y decidió que la «Sapiens» fuese lanzada al espacio llevando personal en su interior.

—¿Es decir… que dentro de la «Sapiens» están ahora los dos astronautas que fueron secuestrados?

—Ellos, y alguien más que los controla a ellos —asintió suavemente la espía más peligrosa del mundo—. O sea, Frankie, que no se trata de que alguien lanzara la «Sapiens» al espacio de cualquier manera, con el propósito definitivo de que la cápsula quedara en su órbita a fin de cuentas: se trata de que alguien HA SECUESTRADO la cápsula «Sapiens». Dentro de ésta hay ahora unos hombres que están custodiando a los dos astronautas que la manejan, diciéndoles lo que tienen que hacer y adónde ir con la cápsula. Un golpe perfecto. Absolutamente perfecto.

—Pero… ¿para qué quieren la cápsula? ¡Sólo contiene información cultural que puede ser hallada en las bibliotecas nacionales de cualquier país adelantado en nuestra civilización!

—¿Tú crees, realmente, que los gobiernos han permitido que en las bibliotecas conste TODO lo que sabe cada país? —preguntó Brigitte.

—¿No? —murmuró Minello.

—Claro que no. Y me permito dudar que en esa cápsula esté viajando todo el saber del mundo. Pero desde luego —Brigitte movió la cabeza con gesto admirativo y preocupado a la vez— sí debe de haber un contenido de lo más interesante en esa información… cultural y científica. Y es obvio que alguien sabía esto y quería la cápsula, es decir, quería todo el saber del mundo.

—¿Para qué?

—No lo sé, Frankie.

—A mí me gustaría saber dónde está realmente la cápsula en estos momentos —dijo Cavanagh.

—Y a mí me gustaría saber —dijo Pitzer, mirando fijamente a la periodista-espía— qué tiene que ver todo esto con ese profesor llamado Legrain que se ha suicidado en París.

—Según la noticia —dijo Brigitte— el profesor Legrain tenía en el momento de morir cincuenta años. Era un científico de los de mayor prestigio en Francia y en toda Europa, e incluso había realizado algunas colaboraciones de alto nivel en Estados Unidos. Esto aparte, era un hombre físicamente sano, apuesto, multimillonario, y estaba casado en segundas nupcias con una encantadora joven de escasos treinta años que le adoraba.

—Zambomba —se pasmó Minello—… ¿Y por qué se ha suicidado?

—Eso no lo dice el periódico, Frankie.

—De acuerdo, pero… ¿por qué te interesa a ti ese sujeto?

—Se me ha ocurrido que un hombre de tantas cualidades intelectuales posiblemente estuviera más o menos al corriente del proyecto de la cápsula «Sapiens», incluso, tal vez, como representante de Francia. Es sólo una corazonada, una tontería mía, claro.

Los tres hombres la contemplaban fascinados, y Frankie, además, boquiabierto. Por fin, exclamó:

—¡Qué asociación de ideas más disparatada!

—Seguramente —le sonrió Brigitte—. Bien, si me perdonan ustedes unos minutos voy a tonar un baño. Y si tienen la paciencia de esperarme podríamos ir a almorzar juntos a cualquier lugar agradable.

—¡Estupendo! —Se relamió Minello—. ¡Sé dónde sirven unas hamburguesas estupendamente formidables!

—Cielo santo —se aterró Brigitte—… ¡HAMBURGUESAS!

—¿Qué tienen de malo las hamburguesas?

—Entre otras cosas, que engordan —rió Brigitte.

Abandonó el salón, dejando a los tres hombres silenciosos. Al cabo de medio minuto Pitzer descolgó el teléfono y llamó a la floristería donde tenía su cubil de jefe de Sector, siendo atendido inmediatamente por su ayudante, el simpático Simón-Floristería, como lo llamaba Brigitte.

—Llama a la Central por la radio —murmuró Pitzer, mirando a Cavanagh, que hizo un gesto de asentimiento—, y pide de parte de *Mr*. Cavanagh la confirmación a esta pregunta: ¿estaba relacionado el profesor francés Daniel Legrain con el proyecto «Sapiens», de alguna manera? Pásame la respuesta aquí tan pronto la tengas.

Colgó. Minello le contemplaba atónito, aunque se iba reponiendo de su sorpresa y sus dudas, Pues, como los otros dos hombres, hacía ya mucho tiempo que conocía a Brigitte, y muy bien, y sabía que la bellísima espía era del todo imprevisible… y casi siempre certera.

El teléfono sonó unos doce minutos más tarde. Pitzer atendió en el acto la llamada, escuchó apenas tres segundos, y colgó, tras un gesto Cavanagh. Luego, abandonó el salón y se adentró en la parte privada del apartamento de Brigitte Baby Montfort.

Encontró a ésta en la bañera, sumergida en espuma, y deliciosamente relajada. Pitzer se sentó en el taburete, y esperó a que ella abriese los ojos, que posó plácidamente en él.

—No me diga que ha llamado a la Central —sonrió astutamente la espía.

—Sí, he llamado.

—¿Y…?

—El profesor Daniel Legrain ha estado interviniendo en el proyecto «Sapiens» prácticamente desde el principio hasta que se

procedió a enviar, por parte de Francia, la aportación científica y cultural que en estos momentos debe de estar dentro de la cápsula.

Brigitte asintió, se irguió, y con el agua de la ducha deslizó la espuma de su cuerpo, apareciendo maravillosamente bella y desnuda ante los perspicaces y ya viejos ojos de Charles Alan Pitzer, que le ofreció la gran toalla de baño.

—Siempre es agradable volver a París —murmuró Brigitte—. Por lo menos, allí se puede comer cosas mejores que hamburguesas.

Capítulo II

Ciertamente, había olvidado las veces que había viajado a París a lo largo de su vida, pero todavía seguía experimentando aquella profunda alegría al divisar la llamada «Ville Lumiere». Había alquilado un coche al llegar a Orly, y ahora, tras recorrer la autopista, entraba en la capital francesa, tranquila, con una leve sonrisa nostálgica en los labios… ¡Eran tantos recuerdos los que tenía de París!

Por instinto, Brigitte sabía que no debía darse prisa. Tenía la certeza de que la cápsula «Sapiens» debía de estar todavía dando vueltas en el espacio, buscando el momento de aterrizar de modo que pudiera escapar de los rastreos espaciales que sin duda estaban realizando los Estados Unidos, Rusia y otros países. Unos rastreos tan eficaces, naturalmente, que tanto la NASA como cualquier otro organismo similar debía de tener muy bien localizada la cápsula que contenía todo el saber del mundo. A decir verdad, pretender aterrizar en algún lugar al que no llegasen los sistemas de detección era una pura y simple ilusión.

¿O acaso también tenían previsto esto quienes habían secuestrado la cápsula?

A Brigitte se le ocurrieron dos cosas apenas entró en París al volante del R-25 alquilado. Una, alojarse en el Hotel George V. Dos, llamar por teléfono a Malta, a Número Uno, para pedirle que se reuniera con ella.

Pero no hizo ni una cosa ni otra. Buscó un hotel elegante y confortable, pero discreto, y se abstuvo de comunicar a nadie su llegada a París. Lo que hizo fue ducharse, tenderse a dormir unas pocas horas para compensar en lo posible el cambio de horarios, y, finalmente, hacia las cinco de la tarde, ya descansada y con las ideas bien claras respecto a lo que tenía que hacer, subió a su coche y se alejó del hotel.

Veinte minutos más tarde detenía el coche en la Rue Marbeuf, cerca de la Avenida de los Campos Elíseos, se apeaba y cerraba con llave la portezuela. A pie, llegó a los Campos Elíseos, caminó hasta llegar a la Rond Point, y desde aquí descendió, siempre como paseando, por la Avenue Montagne, fijándose en la numeración de los edificios.

Se detuvo ante una hermosa casa de dos pisos, con jardín entre ella y la avenida. Contempló la casa sólo unos segundos antes de cruzar el jardín, llegar a la puerta, y pulsar el timbre.

Le abrió a los pocos segundos un hombre de alrededor de sesenta años, de cabellos canosos y mirada neutra, impersonal. Vestía con tal cuidado que sólo podía ser un sirviente. El mayordomo. Todavía persisten viejos y confortables estilos de vida.

—¿Sí? —inquirió el hombre.

—Soy Brigitte Montfort, de Nueva York —se presentó Brigitte en impecable francés—. Llamé ayer a *Madame* Legrain rogándole una entrevista, y ella accedió a verme hoy. He venido de Nueva York expresamente para ello.

—Tenga la bondad de pasar. *Madame* Legrain me advirtió de su llegada. No tardará en regresar.

—¿No está en casa? —se sorprendió Brigitte, entrando.

—Ha tenido que atender unos últimos detalles del funeral de *Monsieur* Legrain, que se realizó ayer. Ella habría querido no ocuparse de nada de esto en estos momentos, pero piensa abandonar París muy pronto y prefirió dejar todos los asuntos al día.

—Lo comprendo perfectamente —sonrió la espía—. A mí tampoco me gusta dejar cosas pendientes cuando emprendo algún viaje. ¿O quizá *Madame* Legrain no piensa emprender propiamente un viaje?

—No comprendo.

—Quiero decir que quizá, simplemente, se retira a una casa en el campo, para serenarse. Lo que no es lo mismo que viajar a San Francisco, por ejemplo.

—Ah… Sin duda. Por aquí, por favor.

El criado condujo a Brigitte por el amplio vestíbulo de indudable lujo hasta una salita encantadora, y le ofreció café. Brigitte sonrió y dijo si no sería lo mismo una copa de champán, a lo que no hubo

ningún inconveniente. La espía quedó sola, envuelta en un silencio realmente insólito.

Madame Legrain regresó a casa alrededor de media hora más tarde, cuando Brigitte se había fumado dos cigarrillos y bebido dos copas de champán. Y no llegaba sola, sino acompañada de una preciosa muchacha de poco más de veinticinco años, morena, de grandes ojos oscuros, cuerpo espléndida y movimientos felinos, sensuales. En cuanto a *Madame* Legrain, a sus treinta años, era una impresionante belleza rubia, de ojos azules y cuerpo tan espléndido o más que el de la muchacha que la acompañaba, que fue presentada como Muriel Bouquet, secretaria del fallecido *Monsieur* Legrain.

—Usted me perdonará —dijo Elodie Legrain—, pero lo ocurrido me ha trastornado mucho, y me ha parecido mejor hacer ahora lo que se tenga que hacer en lugar de hacerlo cuando ya el tiempo me hubiera serenado. ¿Para qué revivir los malos momentos?

—Estoy de acuerdo con usted, naturalmente —murmuró Brigitte —… No debió de ser agradable encontrarlo cadáver. Entiendo que fue usted la primera persona en verlo, *Madame*.

—Sí… Sí. Fue horrible —Elodie se pasó la lengua por los labios, y se sentó en el pequeño sofá; la secretaria se sentó a su lado—… Le aseguro que es una de las cosas que no olvidaré mientras viva. Bueno, ya he explicado esto muchas veces a la prensa, en las últimas cuarenta y ocho horas… En realidad, señorita Montfort, la he recibido porque hace tiempo que soy una admiradora de usted, y no quise parecerle descortés, pero me temo que no tengo nada que añadir a lo ya dicho anteriormente.

—Agradezco su atención —asintió Brigitte—. Y lejos de mi intención causarle enojo o pena, pero… Bien, supongo que todos se habrán sorprendido de la decisión de su marido. Un hombre en sus condiciones profesionales y personales parece que no tiene motivo alguno para suicidarse.

—No lo tenía, que yo sepa. Lo único que sé es que estábamos él y yo solos en la casa, él en su despacho, yo en mi dormitorio, en el piso de arriba. Oí el estampido del disparo, llamé a Daniel, y al no recibir respuesta bajé y fui al despacho. Yo… Bueno, fue… espantoso. Se había disparado a la sien, y… ¡Oh, Dios mío!

Elodie Legrain se llevó las manos al rostro al tiempo que emitía

un desgarrado sollozo. La bella Muriel Bouquet miró a Brigitte con cierta irritación, y puso cariñosamente una mano sobre un muslo de la viuda. La mirada de Baby Montfort se posó en aquella mano blanca, fina, bien enjoyada, reposando sobre el prieto muslo de Elodie Legrain.

—No entiendo que todos ustedes, los periodistas, se empeñen en hacer las mismas preguntas una y otra vez —dijo Muriel—. Su actitud resulta incluso morbosa, francamente.

—Le aseguro que soy cualquier cosa menos morbosa —dijo Brigitte, apaciblemente—. Pero no he venido de Nueva York para conformarme con lo que dicen los periódicos…, y que puedo leer sin moverme de casa.

—Pues si no se conforma con lo único que…

—Espera, Muriel —dijo Elodie, serenándose—. Escuchemos a la señorita Montfort. A fin de cuentas ella es una de las mejores periodistas del mundo, y quizá con sus preguntas pueda… aportar algo revelador. ¡Tiene que haber algo en alguna parte que explique lo que hizo Daniel!

—Eso por supuesto —asintió Brigitte—. Pero si usted, su esposa, no puede aportar información al respecto no creo que nadie pueda hacerlo… Bueno, las secretarias también suelen estar generalmente bien informadas de las… intimidades de sus jefes. ¿Es éste su caso, señorita Bouquet?

—Desde luego —admitió con firmeza Muriel—, pero le aseguro que no conozco ningún motivo por el que Daniel decidiera hacer lo que hizo.

—¿Usted tampoco, *Madame*? —desvió Brigitte su quieta mirada a la viuda.

—No… Tampoco. Nada, de veras.

—Es un caso bien extraño… ¿Viajaba mucho su marido?

—¿Viajar? Bueno, no sé… Lo corriente… Quiero decir, de cuando en cuando.

—¿Recuerda usted los últimos viajes que hizo? Me refiero concretamente a viajes en los que usted no le acompañara.

—¿Por qué pregunta eso? —se sorprendió Muriel.

—¿Acaso se lo ha preguntado alguien antes que yo?

—Pues… sí. Así es.

—¿La policía, tal vez?

—No. La policía, no. En realidad… la policía está interviniendo poco en esto. Son… otras personas.

—¿De la Dirección de Seguridad del Territorio francés? ¿La DST, *Madame*? ¿O tal vez el SDECE, el contraespionaje francés?

Elodie Legrain y Muriel Bouquet contemplaban con los ojos muy abiertos a su bellísima visitante, que estaba dando muestras de una seguridad, de un aplomo, que las iba impresionando más y más. El silencio de las dos mujeres se prolongaba tanto que Brigitte insistió:

—¿Les han pedido que mantengan en secreto ciertos datos, *Madame*? Por ejemplo: ¿los referentes a algunos últimos viajes de su esposo? Puedo asegurarle que su sinceridad conmigo no va a causarle ningún perjuicio. Al contrario. ¿Viajó su esposo solo a alguna parte… inusual hace poco?

—Daniel siempre viajaba acompañado —dijo con cierta hostilidad Muriel—. Casi siempre le acompañaba Elodie, y siempre yo.

—En ese caso —le sonrió amablemente Brigitte— es usted la persona más indicada para facilitarme esa información. ¿Qué sitios visitaron últimamente?

—No recuerdo.

—Ya.

—Señorita Montfort —murmuró la viuda—, usted tiene que entender que estemos… asustadas. No podemos desobedecer las órdenes recibidas en ese sentido. Francamente, si hubiera sabido que sus preguntas irían por ese lado no habría aceptado recibirla.

—¿Esperaba usted la visita de una periodista vulgar y corriente que le haría preguntas vulgares y corrientes?

—Pues… sí. La verdad es que sí.

—Usted debía saber, puesto que es admiradora mía, que yo no tengo nada de vulgar ni de corriente, *Madame*.

—Sí… Sí, es cierto, pero no puedo… contestar esa clase de preguntas. Creí que se trataría de un reportaje… de cariz humano, o algo así. Y usted está haciendo unas preguntas que se apartan de esos temas.

—Preguntas que se van a quedar sin respuesta, ¿no es así, *Madame*?

—Bueno, yo me… me temo que sí.

—Me permito recordarle que dirijo la Sección Internacional de

uno los diarios matutinos más prestigiosos de los Estados Unidos. Ciertamente, en mis reportajes puedo incluir ingredientes digamos… románticos, o simpáticos, pero lo que no puedo hacer es simplemente escribir un reportaje que resultaría más adecuado para una revista del corazón. No es ni mi estilo ni mi categoría.

—Sí, sí, lo sé…, y lo siento. Lo siento de veras, pero esta entrevista sólo fue posible en base a un reportaje de ese estilo.

Brigitte Baby Montfort, estuvo unos segundos mirando de una a otra mujer, fija, seriamente. Sus grandiosos ojos azules parecían encantadoras barrenas que pudieran llegar hasta lo más hondo de los pensamientos de ambas mujeres, las cuales, primero uno y luego otra, desviaron la mirada de la de la implacable espía.

Ésta sonrió, y se puso en pie.

—Ha sido usted muy amable al concederme la entrevista, *Madame*. Gracias por el champán.

—Temo… que se ha enfadado usted —murmuró Elodie.

—*Madame* —casi rió la divina—, hace muchos años que ya no me enfado jamás con nada, por nada, ni con nadie. Si algo he aprendido muy bien es que las personas siempre hacen lo que les conviene a ellas, lo cual, generalmente, no es lo que me conviene a mí. Si tuviera que enfadarme en esas ocasiones me pasaría la vida enfadada. Y le aseguro que no vale la pena. Buenas tardes.

—Se me ocurre que podría pedir autorización para darle a usted algún detalle de cierto interés —murmuró Elodie.

—Déjelo, *Madame*, me las arreglaré sin la colaboración de ustedes.

—¿Qué quiere decir? —saltó Muriel.

—Bueno, querida señorita Bouquet, espero que entienda que, puesto que he hecho el viaje, no voy a conformarme con nada.

—Pero… ¿qué piensa usted hacer?

—Si usted no me cuenta sus secretos profesionales —sonrió encantadoramente Brigitte—…, ¿por qué habría de contarle yo a usted los míos? Deseo que se reponga pronto del disgusto, *Madame*. Adiós.

En cuestión de segundos Brigitte estuvo en la calle. Ya era de noche en París, que verdaderamente relucía como si toda ella estuviese hecha de luz. Brigitte no se sentía demasiado satisfecha, en cuanto al resultado de la entrevista. Sin embargo, por otro lado,

estaba más que satisfecha, pues la actitud de los personajes implicaba que, en efecto, el suicidado Daniel Legrain era o había sido una pieza importante en algo importante… ¿Tan importante como el secuestro sensacional de la cápsula «Sapiens»?

Una pregunta flotó en la mente de la espía: ¿realmente se había suicidado el profesor Legrain? Había un detalle que no le gustaba a Brigitte en ese sentido: el día de la muerte de Legrain éste se hallaba en su casa a solas con su mujer. Sí, podía ser discreción por parte de un caballero que decide quitarse la vida, pero, puestos a ser discretos…, ¿por qué no pegarse el tiro cuando hubiera estado completamente solo en la casa? O podía haberse suicidado en otro lugar; el garaje, por ejemplo, en lugar de salpicar con sus sesos todo el despacho…

—¿Le importa que la acompañemos, señorita? —Oyó junto a ella en inglés.

Brigitte, que se había detenido en una esquina antes de cruzar, se sobresaltó, si bien levemente y brevemente. A su derecha tenía un hombre encantador: alto, rubio, hermoso, bien vestido, de unos treinta y cinco años, quizá cuarenta. Un bello y formidable ejemplar de hombre. Un poco más allá, y a su izquierda, había otro, que parecía una copia del primero, sólo que era moreno, no rubio. Los dos se protegían de la apenas insinuada llovizna con una magnífica trinchera. Y los dos tenían la mano derecha dentro del bolsillo de ese lado de la trinchera.

—Espero que no me estén confundiendo con lo que no soy —replicó Brigitte, sonriendo.

—En absoluto, incluso personas más torpes que nosotros se darían cuenta en el acto de que usted es una dama.

—Tanta amabilidad merece mi agradecimiento. Pueden acompañarme.

—Gracias. ¿Tiene usted coche por aquí cerca?

—Así es. Les invito a un paseo.

El hombre sonrió. El otro, el moreno, también sonrió, y permaneció tras ellos cuando echaron a andar. Brigitte hizo un comentario al respecto mirando al rubio:

—No deben tomar tantas precauciones conmigo. Tanto si son del SDECE como si son de la DST nos entenderemos muy bien enseguida. No les voy a causar problemas.

—¿Podría usted causarnos problemas? —se sorprendió el hombre.

—Quiero decir —rió Brigitte— que si me dejan telefonear a cierto amigo que tengo en París se convencerán enseguida de que no deben molestarse conmigo, ni vigilarme. Es muy posible que mientras están perdiendo el tiempo conmigo ocurran cosas más interesantes en la casa de Daniel Legrain.

—Es muy posible —asintió el hombre—. ¿A qué amigo quiere usted telefonear?

—A un viejo amigo.

—¿Qué amigo?

—Un caballero del SDECE.

—Ah. ¿Está usted trabajando para el SDECE?

—No exactamente.

—¿Para la CIA, tal vez? Lo digo porque tengo la certeza de que es usted norteamericana. ¿La CIA, entonces?

—Sólo soy una periodista, *Monsieur*… *Monsieur*…

—Llámeme Pierre. Mi amigo —movió la cabeza hacia atrás, con un gesto elegante y discreto— se llama Robert. Veamos… ¿Periodista? ¿Una periodista norteamericana?

—Eso soy yo, en efecto.

—¿Y cuál es su nombre?

Brigitte volvió la cabeza para mirar lentamente al llamado Pierre. Cuando alguien dice «llámeme Pierre» es que se llama de cualquier modo menos Pierre… En aquel momento un Peugeot 505 se detenía cerca de ellos, cuando estaban cruzando Rond Point. Pierre miró al conductor, que le bacía señas, pero no se acercó. Quien se acercó a hablar con el conductor del 505 fue Robert, que lo hizo brevemente, por la ventanilla, cuyo cristal había bajado el conductor.

Pierre había tomado de un brazo a Brigitte, e insistió:

—¿Qué nombre ha dicho usted?

—No lo he dicho —sonrió Brigitte—. Pero lo digo ahora. Pueden llamarme Nannette.

—Nannette —sonrió Pierre—. Es un nombre muy bonito, pero no es propio de una chica norteamericana.

—Es que mis padres eran franceses.

—Ah.

Pierre se volvió a mirar, vio que Robert les seguía de nuevo y que el Peugeot 505 se alejaba, y dedicó de nuevo toda su atención a Brigitte.

—O sea, que es usted una norteamericana de origen francés que está trabajando para la CIA —dijo amablemente.

—Claro que no.

—Y según parece tampoco trabaja para el SDECE.

—No. Ya le he dicho que soy periodista.

—¿En qué periódico trabaja?

—En el Star, de Minneapolis.

—¿Y ha visitado usted a *Madame* Legrain enviada por ese periódico?

—Efectivamente. Mire, amigo Pierre, creo que todo será más simple y agradable para todos si me permite usted llamar a mi amigo. Él los convencerá de que no soy una persona sospechosa de nada.

—Es una buena idea. Entonces, usted ha venido de Estados Unidos, enviada por un periódico de Minneapolis, para entrevistar a *Madame* Legrain… ¿Y qué ciase de entrevista le ha hecho usted, y qué le ha contestado ella?

—Nada importante.

—Señorita Nannette: ¿se da usted cuenta de lo increíble que resulta que una periodista de Minneapolis venga a hacerle una entrevista a una simple dama francesa por el hecho de que su marido se haya suicidado? ¿O su entrevista no era para interesarse por tan lamentable hecho? Vamos, que esto no tiene sentido. Pero sí tendría sentido que usted hubiera visitado a *Madame* Legrain por otros motivos y con otros propósitos. ¿Me comprende usted?

—Por supuesto.

—Bien. ¿Por qué motivos reales ha visitado usted a *Madame* Legrain, y con qué propósitos? Realmente… ¿qué busca usted visitando a *Madame* Legrain?

—Ahí está mi coche —señaló Brigitte, deteniéndose—. Y allá veo una cabina telefónica. Permítame llamar, y luego seguiremos conversando.

—Dígame el nombre de la persona a la que desea usted llamar.

—No. No se lo diré. Pero cuando él venga será suficiente para ustedes, para normalizar esta situación.

Pierre se quedó mirando fijamente a Brigitte. Se habían detenido ambos, y Robert lo había hecho a pocos pasos detrás. Robert siseó, y Pierre, tras murmurar una disculpa, regresó a reunirse con él. Estuvieron conversando apenas un minuto, y Brigitte comprendió que Robert estaba informando a Pierre de lo que había conversado él con el hombre del Peugeot 505. Terminaron de conversar, y ambos se acercaron a ella. Brigitte se dio cuenta en el acto de que Pierre la contemplaba con más interés y una cierta precaución.

—Si le entrega las llaves a Robert, él conducirá —dijo Pierre—. Nosotros iremos conversando en el asiento de atrás.

—¿De modo que no me permite llamar a mi amigo?

—Dígame su nombre y yo le llamaré.

Brigitte se quedó como si no hubiera oído nada. Robert tendió la diestra, y ella puso en la palma las llaves del coche. Segundos después partían, Robert al volante, Brigitte y Pierre atrás.

Pierre comentó, con cierta admiración:

—Miente usted muy bien y con mucho aplomo, señorita Montfort. Eso es inquietante y revelador a la vez. ¿Me permite discrepar con usted, en el sentido de que no creo que sea solamente una periodista? Y ahora, orientemos la conversación de modo más razonable y sincero: ¿quién la ha enviado realmente a entrevistar a *Madame* Legrain, y qué espera usted conseguir con sus… penetrantes preguntas?

Capítulo III

Brigitte estuvo unos segundos silenciosa, como inmersa en una gran sorpresa.

De pronto, preguntó:

—¿Acaso sabe usted qué preguntas le he hecho a *Madame* Legrain?

—Evidentemente.

—¿Cómo ha recibido la información? ¿Se la ha facilitado el hombre del Peugeot 505 a Robert y éste a usted?

—Tal vez —casi rió Pierre.

—¿Y quién le ha facilitado la información al hombre del 505 y por qué procedimiento?

Robert dirigió a Brigitte una hostil miraba por medio del espejo retrovisor, mientras Pierre, sentado al lado de la divina espía, la contemplaba ya con cierta irritación.

—Señorita Montfort, me temo que estamos pasándonos todos de simpáticos, hasta el punto de que usted cree que esto es un juego en el que con cuatro sonrisas y un par de coqueteos todo quedará entre amigos, de un modo encantador.

—¿Y no es así? —Abrió mucho los ojos Brigitte.

—No —entornó los párpados el atractivo Pierre—, no es así. Nosotros queremos saber, ahora todavía más que antes, qué es lo que la ha impulsado a usted a pedirle esa entrevista a *Madame* Legrain.

—Bueno, el suicidio de su marido sorprendió…

La bofetada fue tremenda. Resonó fuertemente dentro del coche, y Brigitte fue brutalmente lanzada contra la portezuela, en la que rebotó. Pierre la agarró con ambas manos por la ropa del pecho, y la atrajo furiosamente. A Brigitte le zumbaba el oído izquierdo debido al fortísimo bofetón.

—Ya basta de bromas, ¿de acuerdo? —mascullló Pierre—. Una

periodista de su importancia no se traslada de Nueva York a París sólo para entrevistar a la viuda de un científico suicidado.

—De manera —susurró Brigitte— que ustedes ya sabían quién era yo desde el principio. Es más, me han estado esperando. Han simulado que no sabían quién era, pero sabían perfectamente que soy Brigitte Montfort, y sabían que hoy visitaría a *Madame* Legrain. Han estado haciendo comedia, pero desde que alguien ha llamado por radioteléfono al Peugeot 505 y les han dicho qué clase de preguntas hago se han tomado más en serio mi persona y mis… posibilidades profesionales.

—Queremos saber por qué se ha interesado usted por Daniel Legrain.

—Lo he relacionado con el secuestro de la cápsula «Sapiens».

Pierre y Robert lanzaron sendas exclamaciones, y el primero zarandeó a Brigitte.

—¿Por qué? ¿De dónde ha sacado los datos para ello, quién le ha pasado la suficiente información? ¡Eso es precisamente lo que queremos saber!

Brigitte se había dado ya cuenta de esto. Desde el primer momento Pierre y Robert habían sabido que ella vendría a París, pero habían decidido vigilarla sólo un poco, y ello porque sin duda conocían su gran categoría profesional como periodista en asuntos internacionales. Pero luego, en efecto, alguien había llamado por radioteléfono al hombre del Peugeot 505 y le había dicho qué clase de preguntas hacía la señorita Montfort. Preguntas que, por supuesto, habían provocado alarma…

—Si no me contesta —jadeó Pierre, con sus rostros casi tocándose— le voy a partir la cara a puñetazos.

La reacción de la señorita Montfort sorprendió y mató a Pierre. Sencillamente, ella deslizó la mano izquierda hacia la entrepierna del hombre, agarró fuertemente el paquete testicular, y apretó con fuerza. Pierre lanzó un bramido, palideció, soltó a Brigitte, y saltó hacia atrás…, mientras la espía, adivinando más que viendo el movimiento del hombre para sacar su pistola, disparaba ahora el puño derecho, en escalofriante *tsuki*. El puño impactó en el centro de la frente de Pierre, se oyó un seco crujido, y el sujeto fue a chocar, ya muerto, contra la portezuela de su lado, mientras la espía se revolvía velozmente contra Robert.

Éste, que había lanzado un grito y estaba medio vuelto hacia el asiento de atrás, esgrimía ya, su pistola, de la cual apretó el gatillo… La bala, gracias al golpe de Brigitte a la muñeca de Robert, salió desviada, yendo a hundirse en el ojo izquierdo de Pierre, que reventó de un modo repugnante y horripilante. Robert volvió a gritar, quiso disparar de nuevo contra Brigitte, y ésta agarró con una mano su muñeca, desviando así la trayectoria de los posibles disparos. Robert soltó la mano izquierda del volante, se volvió completamente en el asiento, y lanzó otro berrido cuando Brigitte bajó con fuerza su cabeza, golpeándole con la frente en la nariz, que reventó en un manchurrón de espesa sangre…

A partir de este momento Robert comenzó no ya a gritar, sino a maldecir de un modo asombroso e interminable…, mientras el coche, falto de control, se subía con brusca sacudida a una acera y chocaba contra un grueso árbol.

Al instante, una llamarada brotó del capó, y envolvió la parte delantera del coche.

—¡Te voy a reventar! —aulló Robert.

Brigitte supo que si salía del coche dejando vivo a Robert podía darse por muerta, pues el sujeto no vacilaría en disparar contra su espalda. Así que, en vista de que no podía terminar de arrebatarle la pistola, volvió a golpearle con la frente en el mismo sitio, buscando provocarle un desvanecimiento de dolor que la permitiera escapar. Pero Robert no se desvaneció. Aulló como un poseso, lanzó maldiciones, manchó de sangre todo su entorno, pero no se desmayó, y, además, con la potencia de su brazo estaba comenzando a vencer la fuerza muscular de Brigitte.

Ésta volvió a golpearle con la frente, aprovechó la breve debilidad de Robert, y lo empujó colocándolo de cara al parabrisas, pasándole velozmente el brazo derecho por la garganta, dando un tirón hacia atrás.

Alrededor del coche se oían frenazos, gritos…, y el crujir de las llamas en la parte delantera. Como en un torbellino ajeno a ella Brigitte veía a través de los cristales del coche rostros tensos y ojos desorbitados, algunos de los cuales la contemplaban a ella mientras estrangulaba a Robert… Alguien abrió la portezuela de atrás del otro lado, y el cadáver de Pierre cayó fuera del coche. Más gritos. A Brigitte le parecía que aquella situación no era real, que era una

pesadilla. El coche crujía, y corría el peligro de que si no salía pronto de él muriese al reventar el depósito de gasolina, pero no podía descuidar la lucha con Robert mientras éste conservase la mínima fuerza necesaria para dispararle.

De repente, la portezuela del lado del conductor se abrió, apareció en el hueco un personaje nuevo, y Brigitte vio un instante la larga melena rubia, los alargados ojos oscuros, la boca grande y hermética… al mismo tiempo que veía la pistola provista de silenciador. El desconocido apoyó la boca del silenciador sobre el corazón de Robert, por el lado del borde externo del pectoral, y disparó. Robert emitió un bramido bestial y dio un salto que casi arrastró a Brigitte, quedando en el acto inmóvil, todavía en el cepo formado por el brazo de la espía.

El desconocido la miró.

—Larguémonos de aquí —dijo, en inglés.

Brigitte asintió, salió del coche, y estaba a punto de echar a correr detrás del hombre cuando recordó algo: nada menos que su equipaje de espía estaba en el maletero del coche. Retiró las llaves de éste del contacto, corrió a abrir el maletero, agarró el maletín forrado de raso negro, y echó por fin a correr hacia el coche del desconocido, que, de pie junto al vehículo, la contemplaba como pasmado, o tal vez divertido. Las llamas del coche R-25 iban en aumento, la gente se apartaba, y todos señalaban a Brigitte mientras ésta corría ágilmente.

Justo en el momento en que llegaba junto al desconocido sonaba tras ella la explosión que dejó convertido en chatarra el R-25. Se produjo como una andanada de luz y calor, la gente volvió a gritar. A lo lejos se oía el peculiar sonido de la sirena de la policía francesa: moho-qui, moho-qui, moho-qui…

El desconocido tenía abierta la portezuela derecha, y Brigitte se sentó en el interior del coche.

El hombre rodeó éste, y en un abrir y cerrar de ojos arrancó, subiéndose a la acera y tomando un rumbo inesperado que provocó el pánico en la gente de a pie, la cual se apresuró a apartarse. Incluso Brigitte se sobresaltó, y recomendó:

—¡Tenga cuidado!

El desconocido sonrió, soltó la mano derecha del volante, y se la tendió.

—Anton Vian —se presentó—: campeón del mundo de Fórmula 1.

Brigitte aceptó la mano, pareció a punto de reír…, y tuvo la sensación de que una enorme pared venía hacia ella. En un instante la pared desapareció. El coche saltó y rebotó, pasó entre árboles y otros vehículos, subió y bajó aceras, pareció cien veces envuelto en luces de todos los colores. El motor rugía alternativamente como en calma o como enfurecido, los cambios de marcha y de velocidad eran terribles e increíbles… De repente Brigitte se encontró circulando suavemente por una silenciosa y estrecha calle, luego por otra, por otra… El rubio conducía ahora como si temiera que el coche fuese a romperse. Pese a que conocía París poco menos que perfectamente Brigitte se llevó una sorpresa cuando, de pronto, el automóvil desembocó en la Avenida de los Campos Elíseos, en dirección a Place de la Concorde.

—Zambomba —dijo graciosamente—… ¡Debe de ser cierto que es usted el campeón del mundo de Fórmula 1!

—No, en absoluto —la miró el muy atractivo y viril Anton Vian —. Eso era una broma. En realidad soy un agente de los servicios secretos rusos.

—Ah.

—¿Y sabe usted cuál ha sido mi sueño dorado desde que inicié la carrera de espía?

—¿Cuál?

—Toparme algún día con una bellísima espía americana, invitarla a caviar, vodka y champán como complementos indispensables de una espléndida cena, y conversar de cosas inteligentes e interesantes durante buena parte de la noche, dedicando luego el resto, hasta la madrugada, a hacer el amor. Luego, al despertar al mediodía, ella se habría marchado, dejándome una nota asegurando que se había enamorado de mí, pero que nuestros mundos eran diferentes y nuestro amor imposible. ¿No le parece una hermosa historia?

—¡La verdad es que sí —rió Brigitte—, pero temo que no va a poder convertirla en realidad conmigo!

—¿Tiene usted algo contra el amor?

—Ni contra el amor, ni contra el sexo, ni contra los rusos —aseguró Brigitte—, pero no soy una espía. Americana sí, pero no

espía.

—Lástima —movió la cabeza Anton Vian—. Bueno, de todos modos creo que deberíamos buscar un sitio agradable para cenar, ¿no está de acuerdo? Tal vez, mientras cenamos, encuentre usted alguna explicación creíble al hecho de que una chica americana que no es una espía haya matado a un hombre dentro de un coche y estuviera a punto de matar a otro, sin inmutarse porque alrededor hubiera gente, fuego, policía y otros posibles peligros más. ¡A menos que todas las amas de casa americanas sean como usted!

El tono de Anton Vian no pedía ser más amablemente socarrón, y su mirada, simpática, estaba rebosante de guasa. Brigitte terminó por sonreír, y asintió con un gesto, murmurando:

—De acuerdo, busquemos un restaurante pequeño y agradable cerca del Boulevard Saint Germain.

* * *

—Hay gente que en lugar de caviar come huevas de lumpus —dijo el espía ruso—, a las que llaman «sucedáneo de caviar». ¿No le parece una majadería?

—Sí —admitió Brigitte—. Las cosas son lo que son, no son sucedáneos de otras.

—Exactamente así pienso yo. O se es espía, o no se es espía, pero no se es algo que puede pasar por espía sin ser espía. ¿Me comprende?

—Desde luego —sonrió Brigitte.

—Entonces, ¿qué es usted?

—Simplemente, periodista. ¿Usted no me conoce?

—¿Debería conocerla? —Alzó las cejas el ruso.

—No sé.

—¿Debo entender que es usted una periodista de tal fama que incluso en Rusia tiene que ser conocida?

—Tengo la certeza de que en Rusia soy muy conocida.

—¿Con qué nombre?

—Con el mío, naturalmente: Brigitte Montfort.

—Brigitte Montfort —reflexionó Anton Vian—… No, no me suena. Y ni siquiera me suena como nombre americano, sino como nombre francés.

—Ésa es otra historia…, que no viene al caso.

—Entonces, hablemos de lo que sí viene al caso. ¿Hay alguna posibilidad de que hablemos con sinceridad?

—¿Por qué no?

—Bueno, intentémoslo. Mire, yo he relacionado el suicidio del profesor Legrain con el secuestro de la cápsula «Sapiens», y sin más complicarme la vida me he puesto tras esa pista. ¿Y usted?

—También —rió Brigitte.

—¿De qué se ríe?

—Usted ha dicho eso como si fuesen cosas que se le pudieran ocurrir a cualquiera, y, al parecer, solamente se nos ha ocurrido a nosotros dos.

—Así tendremos el campo más despejado para trabajar. Bueno, yo estaba pensando en el modo de acercarme a la viuda del profesor Legrain cuando de repente aparece usted y tan ricamente es recibida en la casa. Me parece que no le habría prestado demasiada atención si aquellos dos sujetos no se hubieran metido con usted.

—¿Los conocía usted?

—Sólo de vista. Llevaban horas rondando la casa de los Legrain. ¿Por qué supone usted que se suicidaría Daniel Legrain?

—Por remordimientos —murmuró Brigitte.

—¿Sí? —Anton la contempló con creciente interés—. ¿En qué se basa para decir eso?

—Parece lo más probable. Una persona puede suicidarse por diversos motivos, como son la pobreza, el amor, el fracaso… Hay muchos. Analizando la vida de Daniel Legrain no he hallado en ella nada negativo o insatisfactorio, así que he deducido que tal vez había hecho algo de lo que estaba muy seriamente arrepentido.

—¿Como por ejemplo colaborar en el proyecto «Sapiens»?

—O en el secuestro de la cápsula —deslizó Brigitte.

Estaban cenando apaciblemente, como una simpática pareja de enamorados que hablaran de sus cosas. Ciertamente, la apostura de ambos atraía la atención de los restantes comensales, pero ni uno ni otra hacían caso. Brigitte hacía ya mucho tiempo que prescindía de las expectaciones que causaba, y el alto, atlético, rubio y atractivo Anton Vian no parecía menos inmunizado.

—Le voy a decir una cosa —habló el ruso—: jamás me había entendido con ninguna otra persona tan bien y tan rápidamente.

Incluso tengo la impresión de que ni siquiera necesitamos hablar para entendernos. Y creo saber a qué es debido.

—¿A qué?

—A que los dos sabemos que el otro es igualmente listo y merece los mínimos respetos. Eso aparte, antagonizarnos sería una estupidez: es mucho más rentable unir nuestras fuerzas para buscar la «Sapiens», ¿no le parece?

—¿Buscar la «Sapiens»? ¡Eso no es tan fácil!

—Nosotros no hacemos cosas fáciles.

Brigitte Montfort se echó a reír. Anton la contempló como fascinado, copa de champán en alto.

—No tenemos ninguna pista —dijo Brigitte.

—Claro que sí. Tenemos dos. Una, la que usted haya conseguido en la casa de los Legrain. Dos, la del Peugeot 505, cuya matrícula anoté. No creo que nos sea demasiado difícil localizar al tipo del coche, para que nos ponga al corriente de sus conocimientos sobre el asunto. ¿Está de acuerdo? Aunque dudo mucho que un cualquiera como el tipo del 505 pueda decirnos adónde llevarán finalmente la cápsula.

—Anton, usted está… dando las cosas por sentadas, como si este asunto fuese un juego de niños de los más sencillos.

—¿Por qué hemos de darle más importancia de la que tiene? Para algunas personas, que no saben pensar, el asunto, ciertamente, es terrible y hasta les debe de parecer insoluble, pero nosotros sabemos pensar. Mire, es como tocar el violín, por ejemplo. ¿Usted cree que es fácil o que es difícil?

—Cuando ya sabes, es fácil.

—Pues ése es nuestro caso: los demás están aprendiendo a tocar el violín, nosotros ya sabemos. Bueno, pues toquemos. Para mí la cosa está más que clara: sea cono sea esa gente debe de tener recursos para controlar la cápsula, pues no creo que la hayan disparado al espacio y ya está, ¡qué tontería! Luego, en un momento determinado, la harán descender en un sitio determinado del Mediterráneo.

—¿Del Mediterráneo? —exclamó Brigitte—. ¿Por qué del Mediterráneo?

—¿Conoce usted algún mar más culto y más sabio? Y no me diga que a usted no se le ha ocurrido.

—A decir verdad —murmuró Brigitte— las preguntas clave que hice y que pienso seguir haciendo si puedo a *Madame* Legrain son respecto a qué lugar o lugares visitó últimamente su marido.

—Y de ese modo es posible que llegue a la conclusión de que alguno de esos lugares fue finalmente el elegido para esconder la cápsula… O sea, que la señora Legrain no quiso decirle dónde había estado de viaje su marido en los últimos tiempos.

—No, no quiso. Ni ella ni su secretaria.

—Ah, sí, la secretaria… Sé dónde vive.

—Escuche, Anton, no estoy muy segura de querer trabajar junto a usted en este asunto, francamente.

—Puedo aportar mucha clase de ayuda.

—Puedo tener en París toda la ayude que necesite, pues hace tiempo que dispongo de muy buenos amigos en esta ciudad.

—¿Lo suficientemente buenos como para dedicarse a buscar para nosotros el coche Peugeot 505 cuya matrícula anoté? De este modo, mientras tanto, nosotros podríamos ir a visitar a la secretaria de Legrain a su apartamento.

—Quizás estos días esté viviendo en casa de los Legrain.

—Pues registramos el apartamento. Ésta es la matrícula del coche.

Anton Vian extrajo de un bolsillo interior un papelito doblado en cuatro, que dejó sobre la mesa cerca de la mano izquierda de Brigitte. Ésta miró vacilante el papel, asintió, y procedió a continuar cenando. Mientras retiraban el primer plato y se disponían a servirles el segundo, Brigitte se puso en pie, cogiendo el papelito, y preguntó dónde estaba el teléfono. Ya se alejaba hacia el fondo del restaurante cuando Vian dijo, sonriente:

—No les hable de mí, es inútil: nadie me conoce en París. Todo lo que quiera saber de mí pregúntemelo cuando regrese. No tengo inconveniente en contarle mi vida mientras disfrutamos de tan encantadora velada.

Brigitte rió una vez más, y fue hacia el teléfono. Regresó apenas cinco minutos más tarde, se sentó, y autorizó que le sirvieran el segundo plato. De nuevo solos en el bien ambientado rinconcito, la divina dijo:

—Ya están buscando el coche. ¿Dónde tiene su apartamento la señorita Bouquet?

—¡Pero aún no hemos terminado de cenar! —protestó Anton.

—Terminaremos de cenar —aseguró Brigitte—, e incluso tomaremos café, porque en un caso así uno no sabe cuándo va a terminar de investigar, y conviene estar despejado. ¿Quién más de la KGB está indagando en todo esto, Anton?

—Nadie más. Estoy solo.

—Oh, vamos, por favor…

—De verdad —sonrió el ruso—. Estaba aburridísimo allá en Moscú, me enteré del asunto, me interesó, y tras recabar la información suficiente obtuve mis propias conclusiones, y me dije: ¿Y por qué no he de irme yo solo a París unos cuantos días, a ver si allá se cumple el sueño de mi vida, de toparme con una bella, experta y cariñosa espía americana? ¿O acaso los espías rusos no tenemos derecho al amor, el romanticismo, los sueños y las fantasías?

—No sé si tomarte en serio o en broma —frunció el ceño Brigitte —. ¿Dónde vive la secretaria del profesor Legrain?

Capítulo IV

Muriel Bouquet vivía en un pequeño apartamento sito en Avenue Niel, cerca de Place Péreire, En un espacio reducido la señorita Bouquet había reunido gran cantidad de detalles de buen gusto con un admirable sentido del confort. Una hermosa salita, dos dormitorios, un baño que parecía de cine en tecnicolor, y una cocina diminuta pero muy práctica, componían el pequeño mundo privado de Muriel Bouquet, la cual, por cierto, no se hallaba en casa.

—Debe de haberse quedado a cenar con *Madame* Legrain —sugirió Anton.

—Hemos debido esperarla, en lugar de entrar de este modo —dijo Brigitte—. No está bien eso de andar abriendo puertas ajenas con ganzúas.

—Vamos, deja de hacer comedia —rió Anton Vian—. Si no hubiera abierto la puerta yo la habrías abierto tú.

—¿Yo? ¡Ni se me habría ocurrido cómo hacerlo!

El ruso volvió a reír. Luego, miró con expresión escrutadora alrededor. Se hallaban ambos en la salita, quizás un tanto recargada. Había muchos libros, y una pequeña discoteca muy bien surtida de *longplay*. El apartamento estaba en un octavo piso, y apenas se oía el rumor de la avenida.

—Vamos a registrarlo todo —murmuró el ruso—. Si ella sabe algo de todo esto quizás encontremos una pista. Sería el único modo, porque tengo la impresión de que la señorita Bouquet, a las buenas, no querrá decirnos nada.

—Me parece que no tengo más remedio que estar de acuerdo contigo —suspiró Brigitte—. Pero dime una cosa: ¿qué es lo que buscamos?

Anton Vian la apuntó con un dedo que parecía un torpedo.

—Escucha, deja de hacerte la niña buena, por favor, o al final

voy a cabrearme contigo. Vamos a buscar cosas aquí, y estoy seguro de que si encentras algo que valga la pena sabrás valorarlo. ¿De acuerdo?

—*Okay* —sonrió Brigitte.

Veinte minutos más tarde, solamente habían encontrado algo que mereciera la atención de ambos, y de modo muy relativo: seis o siete folletos turísticos, que habían estado de cualquier manera en el revistero junto al sillón más cercano a la lámpara de pie de la salita, mezclados con varias revistas y periódicos.

Anton Vian los fue pasando lentamente uno a uno, examinándolos atentamente.

—Ginebra, Marbella, Alghero, Londres, Venecia, Moscú y Chipre… Me pregunto si fue a todos estos sitios, o pensaba ir, o estaba eligiendo uno de ellos nada más.

—¿Te refieres a…?

—Al profesor Legrain, claro está —la miró Anton—. Está bien claro que la secretaria es la que escogía los viajes. Aunque también podría ser que estos folletos sean para elegir viajes privados de la propia señorita Bouquet, ¿no te parece?

—Por supuesto.

—¿Podrían tus amigos averiguar dónde estuvo ella, ya fuese sola o con Legrain?

—Es una tarea laboriosa y tediosa, pero supongo que podrían averiguarlo —asintió Brigitte—. De todos modos, podemos…

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Los dos espías, que estaban de pie en el centro de la salita, miraron hacia la doble puerta de ésta, vivamente, y enseguida cambiaron una mirada.

—Ella no puede ser —susurró Anton—. Tiene que ser alguien que viene a visitarla.

—Vamos a echar un vistazo.

Se desplazaron silenciosamente por el pasillo. Brigitte movió la plaquita que ocultaba la mirilla gran angular…, y al otro lado debieron de darse cuenta de esto, porque enseguida, a través de la madera, llegó la voz de un hombre:

—Soy yo, querida.

Brigitte miraba por la mirilla, contemplando el rostro masculino, que aparecía deformado por la curvatura de la mirilla. Pero se veía perfectamente que era un hombre joven… Anton le dio a Brigitte un

golpecito, ella le miró, asintió ante la impaciencia del ruso, y éste pasó a colocarse a un lado de la puerta, de modo que quedaría oculto cuando Brigitte la abriese…

Brigitte abrió, y el hombre entró enseguida, sonriente y diciendo:

—Aunque es un poco tarde para… —se calló de golpe.

—Hola, ¿qué tal? —le sonrió Brigitte, cerrando la puerta.

La mirada del hombre saltó hacia Anton Vian, regresó a Brigitte, fue de nuevo a Anton. En su rostro atractivo había aparecido un gesto de sorpresa que enseguida se convirtió en hostilidad, y acto seguido en alarma.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —jadeó—. ¿Dónde está Muriel?

—En la salita, tomando café —dijo Brigitte.

El hombre la miró con desconfianza, y echó a andar presurosamente hacia la salita. Desde el umbral pudo ver perfectamente que Muriel Bouquet no estaba allí, y se volvió airado hacia la pareja de desconocidos… Al ver la pistola provista de silenciador con la que Anton le apuntaba se atragantó, y quedó silencioso. Brigitte lo cacheó con veloces gestos expertos, quedándose con la billetera del desconocido, y acto seguido señaló uno de los sillones. El hombre fue a sentarse, en silencio.

Brigitte procedió a examinar sin prisa alguna la billetera, mientras Anton, a su lado, repartía su atención entre el contenido de la billetera y el propietario. En la billetera sólo había dos cosas que interesaran a los espías. Una de ellas, muy relativamente: puro y simple y vulgar dinero. Otra, una tarjeta de identidad a nombre de Roger Penxenat, ciudadano francés, nacido el 22 abril de mil novecientos cincuenta y dos en Dijon. Profesión: químico. El tal Penxenat se había serenado, y contemplaba a Brigitte y Anton con expresión que ahora resultaba más bien fría. Era muy, muy atractivo, y de aspecto despierto, inteligente.

—Evidentemente, señor Penxenat —dijo Brigitte, devolviéndole la billetera—, es usted amigo de la señorita Bouquet. ¿Qué clase de amigo? ¿Profesional o… particular?

—Quiero saber quiénes son ustedes —dijo firmemente Roger Penxenat—. Y con qué derecho están aquí en ausencia de Muriel. ¿Cómo han entrado?

Brigitte hizo un gesto de fastidio, se sentó, y encendió un

cigarrillo. Anton, que se había guardado la pistola, dijo tranquilamente:

—Usted puede elegir entre contestar a nuestras preguntas ahora o después de que le hayamos roto la cara… y posiblemente algo más. Y tiene sólo cinco segundos para decidirse.

La irritación de Penxenat iba en aumento, pero tras una mirada a uno y otro espía, masculló:

—Soy un amigo… íntimo de Muriel. Bueno, también somos compañeros de trabajo, en cierto modo. Venía a buscarla para ir a cenar juntos, aunque ya sé que es un poco tarde.

—¿En qué clase de trabajo son compañeros? —inquirió Brigitte.

—Bueno, digamos que los dos colaborábamos con el profesor Legrain. Y si les digo esto es porque imagino que ustedes andan removiendo este asunto, aunque no sé por qué, ya que no son de la policía francesa. ¿Quiénes son ustedes?

—¿De qué modo colaboraba usted con el profesor Legrain?

—Intercambiábamos conocimientos.

—¿De un modo particular, o usted también tiene algo que ver con el asunto de la cápsula «Sapiens»? —deslizó Brigitte.

Roger Penxenat palideció.

Estuvo unos segundos inmóvil, luego se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo.

Anton Vian avanzó amenazadoramente hacia él, y le tiró los folletos turísticos al regazo.

—¿Cuál ha sido el sitio elegido? —preguntó secamente.

El desconcierto de Penxenat fue evidente. Miró los folletos, miró a Anton, a Brigitte, de nuevo al ruso…

—¿El sitio de qué? —murmuró.

—¿Conoce usted a *Madame* Legrain? —preguntó Brigitte.

—Naturalmente.

—Pero conoce más a la secretaria de Legrain, ¿no es así? —farfulló Anton Vian—. Apuesto a que hay algo entre ustedes.

—¿Y a usted qué le importa? —Se tensó Penxenat—. Muriel y yo podemos hacer lo que nos dé la gana, en nuestra vida privada.

—O sea —sonrió Brigitte—, que hay una relación íntima entre ustedes.

—¿Qué tiene eso de malo? —Gruñó Penxenat—. Tanto Muriel como yo somos solteros, de modo que…

—Tranquilícese, señor Penxenat. No hemos venido aquí a discutir de moral ni de relaciones privadas entre personas. Verá usted, nosotros estamos realizando un… extraño y secreto trabajo para determinado departamento de los servicios de seguridad de Francia. Un trabajo muy desagradable, porque nos obliga a desconfiar de personas que aparentemente son intachables. Es por eso que, entre otras personas, estamos investigando a Muriel Bouquet.

—¿Es por algo relacionado con el suicidio de Daniel…, del profesor Legrain?

—Por supuesto.

—Ya. Pero… no comprendo. ¿Qué tiene que ver Muriel con eso?

—En realidad lo que nos gustaría saber es adónde fueron últimamente la señorita Bouquet y el profesor Legrain. —Brigitte señaló los folletos que sostenía el desconcertado Penxenat—. Quizás usted pueda ayudarnos, ya que nos permitimos suponer que cuando la señorita Bouquet se va de viaje le dice adónde va y cuántos días estará fuera.

—¿Por qué no se lo preguntan a ella?

—Es justamente lo que pensamos hacer, pero mientras tanto, para aprovechar el tiempo, se lo preguntamos a usted.

—No sé qué importancia puede tener esto —movió la cabeza Penxenat—, pero de una cosa estoy seguro: yo no les voy a decir nada hasta que venga Muriel y vea más claras las cosas. Es más, se me está ocurriendo que lo mejor que puedo hacer es llamar a la policía. Creo que me están mintiendo.

—Me gustaría ver si tiene usted agallas para tocar el teléfono —dijo perversamente Anton Vian.

Roger Penxenat no tuvo agallas. Parecía un hombre sumamente inteligente, pero en absoluto un héroe, todavía menos un imprudente. Se encerró en un mutismo hosco, incluso hostil, que irritó a Anton hasta el punto de que se acercó al francés con evidentes malas intenciones, y sin duda lo habría maltratado si en aquel momento no hubiera sonado el teléfono al tiempo que Brigitte le hacía una seña de calma al ruso. Éste gruñó algo, y señaló el aparato.

—Si contestas tú quizás engañes a quien llama haciéndole creer que eres Muriel Bouquet.

Brigitte asintió, y atendió la llamada murmurando un impersonal *Alló*? En su bello rostro apareció una breve expresión de cambio que desapareció enseguida, recuperando la inexpresividad. Estuvo escuchando quizá medio minuto, dijo «d'acord, merci», y colgó. Penxenat la miraba con los ojos muy abiertos. Anton Vian tenía el ceño fruncido.

—¿Quién era? —inquirió.

—Mi amigo de París. Han encontrado el Peugeot 505.

—¡Bien! ¿Y el sujeto que lo conducía?

—No. A él no lo han encontrado, pero… Bueno, Anton, estamos perdiendo el tiempo aquí.

—¿Perdiendo el tiempo? ¡Nada de eso! Muriel Bouquet puede regresar de un momento a otro, y entonces…

—No —murmuró Brigitte, moviendo la cabeza—… Muriel Bouquet ya jamás volverá aquí, Anton.

* * *

Estaba recostada en la portezuela derecha del Peugeot 505, como si dormitase. Sólo que se hacía difícil admitir que una persona estuviese dormitando con los ojos abiertos. Tan abiertos. Su rostro estaba rígido, parecía de cera. A pocos pasos del Peugeot 505, Roger Penxenat vomitaba tras la visión del cadáver de la muchacha, mientras Brigitte, que había apartado el chaquetón de pieles, observaba la oscura costra de sangre en la base del seno izquierdo de Muriel Bouquet, encantadoramente moldeado por un oscuro jersey que Brigitte recordaba perfectamente. Las luces de la Avenue Wagram, paralela a la de Niel, ponían lívidas pinceladas trágicas en el bello rostro de la secretaria de Daniel Legrain.

Brigitte terminó su examen, salió del coche, y aceptó el cigarrillo encendido que le tendía Anton Vian, el cual comentó:

—O sea, que el sujeto del coche era amigo suyo. ¿Estás de acuerdo?

—Debemos pensarlo así —asintió Brigitte—: él la recogió con el coche, charlaron, y en determinado momento el hombre la mató utilizando una pistola con silenciador. En cuanto al coche, considerando cómo han sucedido las cosas, no me sorprendería nada que fuese robado, posiblemente esta mañana, con vistas a

utilizarlo para toda la operación.

—¿La de matar a la secretaria? —se sorprendió Anton.

—No. La de vigilarme a mí. Me estaban esperando, porque tenían un gran empeñó en saber por qué procedimiento deductivo una periodista de mi categoría había llegado a considerar interesante una entrevista con la viuda del profesor Legrain.

—O sea, que realmente eres una periodista famosa de cuya inteligencia cabe temer cualquier cosa.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto, Anton? ¡Sabes perfectamente quién soy!

—¿Una agente de la CIA? —sonrió el ruso.

—No señor: sólo la periodista más famosa del mundo. Y nadie me ha regalado ese prestigio, ¿sabes?

—O sea, que de verdad eres periodista…, ¿no eres espía? —se decepcionó el apuesto Anton.

—Exactamente.

—Pues eres una periodista muy peculiar. Mataste a…

—Tuve suerte en una situación en la que debía defender mi vida, eso es todo. Escucha, yo no quiero meterme en líos de espionaje, de modo que hasta aquí hemos llegado juntos, ¿de acuerdo? A partir de ahora, cada cual irá por su lado.

—O sea, que me dejas solo y tú seguirás investigando con tus herméticos amigos —movió la cabeza Anton hacia los hombres que permanecían a la espera de Brigitte.

—Un hombre de la KGB nunca está solo —murmuró Brigitte.

Se acercó a donde esperaban los hombres que para Vian eran desconocidos. Y también lo eran para Brigitte…, excepto uno, dotado de una gran nariz que desde hacía muchos años le había valido por parte de Brigitte el sobrenombre de *Monsieur* Nez. Hacía muchos años que ambos se conocían, y *Monsieur* Nez tenía grandes deudas de gratitud con la espía americana. Cada año, sin fallar uno, *Monsieur* Nez enviaba a Brigitte una docena de cajas de champán Dom Perignon de la última cosecha mejor, y, esto aparte, no había nada que Brigitte pudiera pedirle que él no estuviese dispuesto a hacer para complacerla.

Por eso, cuando tras tomarlo de un brazo, Brigitte lo apartó del grupo y le dio les gracias por su ayuda, el alto jefe de los servicios de espionaje y contraespionaje francés movió la cabeza como bajo

el peso de su enorme nariz.

—Lo que hemos hecho no tiene importancia. Estamos en nuestro terreno, y puse tantos hombres en la investigación que me pidió que los resultados han sido muy rápidos. Y al parecer, sorprendentes… para usted.

—No sé. Todo parece indicar que Muriel Bouquet estaba implicada en el asunto de la «Sapiens», igual que el profesor Legrain. Éste se asustó por algo, y se suicidó.

—O lo asesinaron —murmuró *Monsieur* Nez.

—¿Con la complicidad de su esposa?

—Sí, claro, no es fácil creer una cosa así…

—No, no lo es. Y no porque yo considere que la señora Legrain es un angelito, que no lo sé, sino porque sería demasiado riesgo para ella, pues habiendo admitido que estaba en casa cuando murió Daniel Legrain, luego se habría visto muy comprometida si las investigaciones forenses y técnicas hubieran demostrado que su marido no se suicidó, sino que lo mataron pero preparando las cosas de modo que pareciera un suicidio.

—Sigue teniendo usted una mente implacablemente lúcida, querida. En cambio, yo ya estoy lo suficientemente viejo como para hacerme un lío con algunas cosas.

—¡Pues jubílese! —rió Brigitte—. Pero no antes de prestarme otro servicio, *Monsieur*: ¿todavía no saben nada concreto sobre Anton Vian?

—No se sabe absolutamente nada de él. Pero seguimos investigando.

—Me parece que no encontrarán nada. Él ya me lo advirtió. Bien, dejemos a nuestro colega ruso y volvamos al asunto. Podemos deducir que la señorita Bouquet estaba metida de una manera u otra en el asunto, y, evidentemente, ella avisó de mi llegada desde Estados Unidos, y luego, tras mi entrevista con *Madame* Legrain, avisó a sus amigos del Peugeot 505 que estaban precisamente esperando para decidir qué hacían conmigo. Pierre y Robert murieron, y el otro avisó a Muriel Bouquet, se reunieron, y ella debió de mostrarse tan asustada ante el temor de que las cosas se descubrieran, que él optó por eliminarla y desaparecer. De este modo, nadie podrá decirnos nada…, a menos que *Madame* Legrain recapacite y decida mostrarse más comunicativa conmigo…, con

nosotros, quiero decir —terminó sonriendo Brigitte.

Capítulo V

—¡Pero es que no lo sé! —exclamó Elodie, retorciéndose los dedos —. ¡Les aseguro que no sé nada, no entiendo nada de las cosas horribles que están pasando…!

Sentada junto a ella en el sofá, el apuesto Roger Penxenat, que se había empeñado en acompañarlos a casa de los Legrain, dirigió una hostil mirada a Brigitte y al narigudo personaje que permanecía de pie junto al sillón ocupado por la periodista americana.

—Ustedes se están pasando de la raya —dijo con voz que temblaba de cólera—. Elodie no merece este tratamiento ni esta desconsideración. ¡Por el amor de Dios, hace apenas veinticuatro horas que hemos enterrado a Daniel!

—Señor Penxenat —dijo no menos fríamente *Monsieur* Nez—, yo no he intervenido hasta ahora en este asunto, pero dadas las actuales circunstancias voy a hacerme cargo personalmente de él. Y convendrá usted conmigo en que han ocurrido cosas realmente inquietantes e intrigantes.

—Desde luego que sí —admitió de mala gana Penxenat—, pero… ¿qué tiene que ver Elodie con todo esto? Según parece, Muriel sabía algo… algo que le ha costado la vida —Penxenat trago saliva—, pero Elodie no sabe nada. ¿Por qué han de seguir presionándola? Ya les ha dicho todo lo que sabe: Muriel se fue poco después que la señorita Montfort, diciendo que estaba cansada y que quería acostarse temprano. La siguiente noticia que tiene de ella es que la han asesinado… ¿Qué esperan que haga o diga Elodie? Insisto: ¡ustedes se están pasando de la raya!

—Tiene usted buena parte de razón —admitió Brigitte—, de modo que vamos a dejar descansar a *Madame* Legrain… tras una ultima pregunta. *Madame*: ¿adónde viajó últimamente su marido, y con quién fue, quién le acompañó?

—Bueno, últimamente yo… yo no le acompañaba, siempre lo

hacía Muriel.

—De acuerdo. ¿Adónde fueron últimamente?

—A Ginebra —murmuró Rogar Penxenat—. Muriel me llamó desde allí, para… para decirme cuándo regresaba y encontrarnos.

—Sí, es verdad —asintió Elodie Legrain—… A Ginebra.

—¿Y anteriormente?

—No recuerdo…

—Fueron a Marbella, en España —dijo Penxenat.

—¿Y para qué iban a esos sitios? ¿A qué fueron a Ginebra, por ejemplo?

—Siempre eran cosas de trabajo de Daniel: reuniones y conferencias en círculos privados.

—Sobre los que usted no puede informarnos, señor Penxenat.

—No, no puedo.

—¿Digamos mejor… que no quiere?

—Muriel me dijo más de una vez que no le hiciera preguntas, y yo respeté sus deseos, señorita Montfort.

—Entiendo. ¿Y a Alghero?

—¿Qué? —exclamaron a la vez Elodie y Penxenat.

—Alghero, en la isla de Cerdeña —pareció sorprenderse Brigitte—. No me digan que no saben dónde está Alghero y consecuentemente Cerdeña.

—Sí, claro… ¿Alghero? Bueno, a mí Muriel nunca me habló de ese lugar. Que yo sepa ella nunca fue allí.

—Pues uno de los folletos de viaje, que usted tuvo en sus manos, hace referencia muy concreta a Alghero. Lo tengo dentro de mi maletín, y lo recuerdo perfectamente: Alghero, La Riviera del Corallo, Sardegna, Italia… ¿Lo recuerda, señor Penxenat?

—Sí, sí… Pero Muriel nunca me habló de Alghero.

—¿Y su esposo a usted, *Madame*? —Miró Brigitte a Elodie.

—No… No, no, seguro.

—Tal vez Muriel hacía acopio de folletos de viaje y luego elegían —sugirió Penxenat.

—Claro que no —rechazó Brigitte—. Es al revés: elegían folletos de viaje para conocer de antemano el lugar al cual debían dirigirse para esas reuniones y conferencias… privadas del profesor Legrain.

—Lo cual significaría —apoyó *Monsieur* Nez— que ambos estuvieron en Alghero, como en tantos otros sitios.

—Yo no digo que no —encogió los hombros Penxenat—, pero si Muriel no me habló de él es que no estuvieron allá. Pudo ser un cambio de planes, o cualquier otra cosa, que les hizo cambiar de idea.

—Sí, eso debió de ser —asintió Elodie.

—Entonces, veamos: los últimos sitios a los que el profesor y la señorita Bouquet fueron juntos son Ginebra y Marbella. ¿Correcto?

—Sí.

—Muchas gracias a los dos. Y ya no les molestamos más. En lo que a mí respecta podemos marcharnos cuando guste, *Monsieur*.

—¿Quieres que me quede, Elodie? —se ofreció solícitamente Roger Penxenat, abrazando por los hombros a la viuda—. Los dos estamos pasando malos momentos, y tal vez podamos mitigarlos estando juntos.

—Yo… No sé… Oh, sí, Roger, te… te lo agradecería… ¡Todo esto es horrible!

—Todo pasará —la acarició Penxenat—… Vamos, querida, tienes que ser fuerte…

Los azules ojos de Brigitte iban de uno a otra. Por fin, se puso en pie, se despidió, y se dirigió hacia la puerta de la sala, seguida de Nez. El criado les abrió la puerta de la calle. Poco después, Brigitte y Nez se sentaban en la parte de atrás del coche en cuyo asiento delantero, junto al conductor, les esperaba el más que malhumorado Anton Vian.

—¿Hay alguna migaja de información para mí? —Gruñó, volviéndose.

—Te vamos a facilitar la misma información que hemos obtenido —dijo suavemente Brigitte—, tras lo cual, todos nos comportaremos del modo más razonable posible, a saber: yo seguiré trabajando para mi periódico, tú te comportarás como un auténtico espía en lugar de ser tan descarado, y nuestro… anfitrión —señaló a Nez— será tan amable que nos dejará marchar a ambos siempre y cuando le garanticemos que no vamos a interferir en las futuras investigaciones dentro del territorio francés, en cuyo caso podría ocasionarnos no pocas molestias. ¿No es así, *Monsieur*?

—En efecto, así es —asintió Nez.

—¿De modo que me expulsan de Francia? —masculló Anton Vian.

—Tal vez preferiría usted que lo apresáramos por espía —deslizó Nez—. Si es eso lo que prefiere…

—Tranquilo, tranquilo —alzó las manos Anton, sonriendo—… Ya me voy. ¿Cuál es la información que están dispuestos a facilitarme?

—El profesor Legrain estuvo, últimamente, en Ginebra y en Marbella. Eso es todo, Anton.

—Pues muchas gracias —Vian tendió la mano a la espía—… Quizá volvamos a vernos, y podamos terminar de realizar al sueño de mi vida.

—¿Acaso no lo has realizado? —se sorprendió Brigitte—. Has conocido a una chica americana que podría ser una espía, has cenado con ella charlando de cosas inteligentes, has tenido impresiones emocionantes… ¿Qué más quieres?

—Falta la noche de amor —recordó Vian.

—Lo había olvidado —sonrió la divina espía.

Anton Vian estuvo mirándola fijamente unos segundos, como queriendo fotografiar en la penumbra del interior del coche el rostro de la espía americana. Luego, sin decir nada más, se apeó y se alejó. Estaba cayendo sobre París una fina llovizna apretada, que ponía tonos de charol de colores en todas partes.

—Me parece que comete usted una imprudencia dejando marchar a ese ruso —murmuró Nez.

—No es ruso.

—¿Qué?

—Que no es ruso —rió Brigitte.

—¿Cómo que no? ¡Él ha dicho…!

—¿Qué importa lo que él haya dicho? Vamos, *Monsieur*: ¿acaso no ha aprendido usted todavía que los espías mentimos siempre?

—Pero… si no es ruso… ¿qué es? ¿Quién es?

—No se preocupe, que lo sabremos a su debido tiempo. Hablemos ahora de lo que interesa, es decir, de todo este asunto de la cápsula «Sapiens»… ¿Usted sería tan amable de hacerme todavía otro favor, *Monsieur*?

—Ya sabe que mientras yo esté vivo usted puede pedir en Francia todo lo que quiera.

—¿Incluso la Torre Eiffel? —rió Brigitte.

—Espero que me pida cosas mejores. ¿Qué puedo hacer por

usted?

—Digamos, *Monsieur*, que Muriel Bouquet no ha muerto.

—Pues yo diría que está muerta y bien muerta.

—Claro que no —sonrió Brigitte—. Porque si la señorita Muriel Bouquet hubiera muerto… ¿cómo podría presentarse mañana mismo, deliciosamente viva, en Cerdeña, en la encantadora localidad llamada Alghero…?

—Ah. ¿Y cómo va a llegar la señorita Bouquet a Alghero?

—En avión, claro está. ¡El tiempo es oro, mi querido *Monsieur* Nez!

* * *

El avión de la Air France efectuó el vuelo Niza-Alghero en menos de una hora, llegando a su destino a las diez y treinta y cinco minutos de la mañana exactamente. Aterrizó sin novedad en el pequeño aeropuerto cercano a la necrópolis Anghelu Ruju, y los pasajeros, que tenían los ojos como empapados en el azul color del mar que habían estado contemplando, desembarcaron alegremente. A fin de cuentas, la mayor parte de los viajeros que llegan a Alghero lo hacen para divertirse, para pasarlo bien. Incluso en invierno, porque el sol de Alghero es cosa seria.

Aunque para cosa seria la pasajera que recogió aquella mañana el taxista Pietrangelo Rissi. Cuando la vio casi se le saltaron los ojos de las órbitas, y cuando ella requirió sus servicios creyó que estaba soñando. Hablaba el italiano como lo hablarían los ángeles…, si hubiera ángeles. Pero no era italiana, no, seguro que no. Francesa. Sólo había que verla para darse cuenta de que era francesa. ¡Si conocería él a las francesas…!

—Entonces… ¿qué hotel me recomienda? —inquirió la pasajera.

—¿Eh? —despertó Rissi.

—¿Cuántos años tiene usted?

—¿Yo? Cincuenta y ocho. ¿Por qué?

—Porque ya es mayorcito para quedarse embobado sólo por ver una chica guapa. Es de suponer que ha visto muchas antes de mí.

—Pues sí que he visto —rascó Rissi por entre su gris cabellera—, pero como usted, no muchas. Yo diría que pocas. Vamos, la realidad es que es usted única. Si fuese de mármol sería el mejor monumento

que podría desear Italia para representar la belleza.

La pasajera se echó a reír, dejando todavía más embobado a Pietrangelo Rissi, que finalmente reaccionó, cargó el reducido equipaje, y recordó la pregunta de la bellísima francesa de cuerpo escultural y sensacionales ojos negros.

—Un buen hotel es el Neptuno en Via del Mare. *Va bene*?

—Yo no quiero un buen hotel: quiero el mejor hotel.

—La llevaré al Mare Nostrum, entonces.

—Muy bien. ¿Sabe de alguien que alquile automóviles?

—Si usted quiere yo puedo encargarme de eso. ¿Qué clase de automóvil quiere?

—Uno que sea fuerte, elegante, veloz, deportivo… Porsche, Alfa Romeo, Ferrari… Algo así. A ser posible, de color rojo.

—Me parece que usted no ha venido a Sicilia a pasar desapercibida.

—Por el contrario, en efecto: cuando yo me vaya de aquí todo el mundo recordará al torbellino llamado Muriel Bouquet. Mis vacaciones van a ser muy especiales, porque… ¿Quiere que le cuente mi vida?

—Pues no me disgustaría —sonrió Rissi, mostrando sus dientes un tanto desportillados—, pero me parece que terminaría poniéndome nervioso, y total para nada, porque no creo que usted y yo… ¿Eh? ¿Comprende?

—¡Quién sabe! —rió la señorita Bouchet.

Emprendieron el camino hacia Alghero, pasando muy pronto frente a Fertilia, y al poco junto al Stagno di Calich, que quedó a su izquierda. A la derecha, Rissi señaló la llamada Azienda Maria Pia. En la pequeña bahía de aguas refulgentemente azules destacaban diminutos islotes, uno de los cuales mereció la presentación de Rissi: la Maddalenetta. Más allá, se veía el puerto de Alghero. Hacia el centro de la ciudad se divisaba la torre de la iglesia. Todo tenía un color ocre como iluminado en azul. Una bandada de gaviotas parecía suspendida, en el cielo, blancos sus vientres que adquirieren tonalidades rosa cuando se movieron como jugando con un viento que sólo sus alas podían recoger. La señorita Bouquet sonrió, fija su mirada en las gaviotas…

Había calles empedradas, y las casas eran blancas, con tejados rojos. El Hotel Mare Nostrum estaba frente al puerto, en una

avenida amplia con pinos y palmeras.

—Entonces —preguntó Rissi—: ¿usted ha venido aquí a divertirse?

—¡Naturalmente!

—¿Quiere hacerlo por su cuenta o le gustaría tener algunos amigos?

—¿Qué clase de amigos? —entornó los párpados Muriel Bouquet.

—Los que usted quiera —sonrió maliciosamente el taxista—. Quiero decir que puedo conseguirle un amigo cura, un amante, un artista… Lo que usted quiera.

—¿Y para qué podría querer yo un cura? —Se pasmó Muriel.

—Para confesarse de sus muchos pecados —se echó a reír Pietrangelo.

—Yo no tengo pecados —aseguró Muriel.

—Pues entonces irá usted al cielo… cuando muera, claro. Y eso tardará mucho. Bien, ¿qué me dice de sus amigos?

—Mire, usted procúreme un automóvil y una lancha, que de buscarme amigos ya me encargaré yo. He venido a Cerdeña a pasarlo bien, y le aseguro que sé cómo hacerlo sin que nadie me manipule.

—Mi intención era buena.

—Pero la mía es mejor —sonrió la bellísima francesa—. Bueno…, ¡ya estoy en Alghero!

Capítulo VI

—¿Señorita Bouquet?

Muriel miró al hombre que acababa de interpelarla desde el borde del muelle, justo cuando se disponía a salir una vez más a pasear con la lancha alquilada por mediación de Rissi. El sujeto parecía tener unos sesenta años, vestía muy descuidadamente unos viejos tejanos, zapatillas, y un más que viejo jersey grueso, de cuello alto. Sus cabellos eran grises, largos y lacios. Parecía un arcaico violinista olvidado en el tiempo. Era simpático de aspecto.

—Sí, soy yo —asintió Muriel—. ¿Qué desea?

—¿Me permitiría acompañarla en el paseo de hoy? Estoy seguro de que resultará estimulante pasar un rato con usted. Hacía tiempo que nadie ni nada reavivaban mis… digamos instintos naturales.

—¿Está usted hablando de sexo? —Frunció el ceño Muriel.

—Sí, pero de un sexo digamos… purificado por el intelecto.

—¡Atiza! —rió la bella—. Bueno, suba. Estoy segura de que no voy a aburrirme con usted. ¿Necesita ayuda?

—Estoy fósil, pero no tanto —dijo el sujeto, saltando a la lancha con evidente torpeza; tendió la mano—… Me llamo Honoré. Soy francés, como usted.

—Ya, ya. —Ella aceptó la mano del melenudo—. Bueno, salvo que tenga algo especial que decir o hacer vamos a zarpar enseguida. ¿De acuerdo?

—Oh, sí. ¿Se está usted divirtiendo en Alghero?

—La verdad es que sí. Llevo aquí tres días y tengo ya muchos simpáticos amigos con los que lo paso divinamente.

—Sí, me he enterado de que por las noches arman unas juergas de las buenas. En tres días se ha hecho usted muy popular en Alghero… Claro que no es sorprendente: tan joven, tan hermosa, con dinero, siempre arriba y abajo con su deportivo o con esta lancha… Se diría que el principal objetivo de su estancia aquí es

llamar la atención.

—¿Por qué tendría que hacer eso? —Alzó las cejas Muriel.

—Tal vez con la esperanza de que se produzca algún contacto que la ayude a encontrar la pista de la cápsula «Sapiens» —sonrió Honoré.

—Esperanza que parece haberse realizado —murmuró ella.

Honoré volvió a sonreír. Muriel terminó de soltar la amarra, pasó a los mandos de la lancha, puso el motor en marcha, y se despegó lentamente del muelle.

Poco después navegaban hacia la bocana del puerto. Honoré contemplaba como maravillado el purísimo azul del cielo.

—¿Hacia dónde tengo que ir? —inquirió Muriel.

—Depende. ¿Le gustaría a usted asistir a la recogida de la cápsula «Sapiens»?

—Ya lo creo que sí. ¡De modo que por fin la van a hacer aterrizar! ¡Y en el Mediterráneo!

—La vamos a hacer amerizar. Hemos tenido algunos problemas hasta conseguir aislar la cápsula de modo que no pueda ser rastreada durante su caída. No, al menos, con la precisión necesaria para saber exactamente dónde cae. Los americanos, sobre todo, son muy omnipresentes, y podrían desplazar alguna de sus flotas o alguna unidad hacia la zona en cuestión. Y tal vez lo hagan, pero de nada les servirá, pues lo tenemos todo muy bien preparado. Verá usted, la cápsula caerá esta noche a unas cien millas de aquí, en el mar. Un carguero la está esperando, con un habitáculo especial de planchas metálicas que cerrarán herméticamente la cápsula y la mantendrán sumergida durante el arrastre hasta su definitivo lugar de destino, que no está muy lejos de aquí. ¿Qué prefiere usted? ¿Asistir a la recogida de la cápsula y todas las demás manipulaciones, el viaje y todo eso…, o conversar con algunas de las personas que han organizado, financiado y dirigido toda la operación?

—Conversar con esas personas —dijo en el acto Muriel.

—Era de prever, en una persona tan inteligente como usted, señorita Montfort… ¡Oh, perdón! He querido decir señorita Bouquet, claro está.

Muriel Bouquet se echó a reír.

—Podemos dejar la comedia, si lo prefiere, puesto que ya saben

que no soy Muriel Bouquet.

—Su suplantación ha sido tan ingenua que por fuerza teníamos que comprender que ni usted misma creía en ella, y que lo que buscaba era precisamente esto, llamar la atención y conseguir el contacto. Otra persona no habría conseguido sus propósitos, pero usted, señorita Montfort, es una de las privilegiadas de la vida. Su personalidad y su inteligencia no merecían un desdén por nuestra parte.

—Es usted muy amable, Honoré. Y dígame: ¿quiénes son ustedes?

—Somos la flor y nata de la intelectualidad mundial, agrupados en una organización que podríamos llamarla Los Resentidos.

—¿Los Resentidos? ¿Por qué? ¿De qué están ustedes resentidos?

—Será mejor que nos concentremos en la ruta a seguir. —Honoré señaló hacia el norte—. Le iré indicando. ¿Le gusta a usted Cerdeña?

Brigitte Baby Montfort encogió los hombros.

—He visto sitios mejores —aseguró.

—Sí —admitió Honoré—… Es cierto. Yo también. Pero cada lugar del mundo tiene… sus peculiaridades. Es como si la Naturaleza hubiera repartido sus bellezas de modo que cada rincón del planeta tuviera algo especial, algo propio y característico. ¿No está de acuerdo?

—Más bien sí —murmuró Brigitte.

Salieron da le pequeña bahía, pasaron ante Capo-Galera y Punta del Giglio, dejando a su derecha la hermosa cala de Porto Conte, con sus recovecos y playitas. Tardaron muy poco en pasar ante las verticales paredes de color rosa de Capo Caccia, a escasa distancia del cual estaba la Grotta di Nettuno. Isola Foradada parecía arder bajo la luz del sol, dejando ver al fondo la Cala d’Inferno…

—Espero que no esté asustada —dijo de pronto Honoré.

La espía más peligrosa del mundo miró al hombrecillo en verdad atónita, pero terminó por sonreír amistosamente. No estaba en absoluto asustada, por supuesto. Presentía algo insólito en su carrera de espía, y, en cualquier caso, quienes deberían estar asustados eran Honoré y sus amigos, por haber tomado la decisión de llevar a su guarida nada menos que a la agente Baby de la CIA. Claro que para ellos era solamente la señorita Montfort, la famosa

periodista, pero…

No navegaron mucho rato. Después de pasar frente a Punta Cristallo, que se cernía sobre el mar desde sus trescientos veintiséis metros, divisaron Puntetta della Ghisciera, y luego el terreno costero escarpado comenzó a descender. El último punto de cierta altura fue la Torre del Porticciolo. Luego, el terreno se fue allanando, y mostrando el verdor de pinos y sembrados al fondo.

—Estamos llegando —dijo Honoré.

—¿Vamos a Porto Ferro? —inquirió Brigitte.

—Sí. A una hacienda junto al lago Baratz. Tendrá que dejar la lancha y hacer el resto del viaje en coche.

—De acuerdo.

Poco después saltaban a la arena en la playa de Porto Ferro, y un hombre se hizo cargo de la lancha de Brigitte. Caminaron un poco hasta encontrar un venerable Mercedes oscuro a cuyo volante aguardaba un hombre joven y de aspecto sumamente agradable y simpático, que se apresuró a salir del coche y abrirle a Brigitte la portezuela de atrás. Mientras entraba en el coche, al inclinarse, Brigitte vio más allá dos motoristas con casco rojo, ambos detenidos, como a la espera de algo. Cuando el Mercedes partió los dos motoristas lo hicieron detrás, manteniendo una discreta distancia. Honoré comprendió que Brigitte se había dado cuenta de la presencia de los motoristas, y dijo:

—Verá algunos muchachos más como esos por aquí; la finca es muy grande, y nos pareció oportuno asegurarnos de que no sufriríamos intromisiones ni sorpresas.

—¿Van armados?

—Por supuesto. Todos son jóvenes muy educados y simpáticos, pero francamente, yo no quisiera tener que discutir con ninguno de ellos. El que menos, puede derrotar en pocos segundos a tres hombres sólo con las manos.

—¿El que conduce el coche también?

—También.

—Pues parece un universitario de buena cuna.

El muchacho que conducía el Mercedes lanzó una exclamación, y se volvió a mirar directamente a Brigitte, evidenciando no poca sorpresa y al mismo tiempo admiración. Honoré rió quedamente.

—No te pasmes tanto, Henri —dijo—. La señorita Montfort, sin

duda, es persona de gran agudeza. Cualquier persona que haya conseguido lo que ella ha conseguido nada menos que en un país como los Estados Unidos de América ha de ser un cerebro de primera fila. Por eso está aquí.

Brigitte sonrió levemente, y el joven Henri dedicó de nuevo su atención a la conducción del automóvil. De cuando en cuando en la distancia se veía algún motorista, apareciendo y desapareciendo. El terreno era llano, y se divisaban sobre todo muchos olivos, siempre teniendo como fondo el lago. El lugar era deliciosamente campestre, admirablemente recio y seco, pero no hostil.

El sol era deslumbrante.

La casa apareció pronto, y llegaren a ella en cuestión de segundos. Era grande, destartalada, y disponía de varios cuerpos que sugerían un pasado no demasiado lejano en el que estuvo ocupada por varias familias de campesinos que ocupaban los diferentes cuerpos de la desigual construcción. Ahora, remozada, remodelada, pintada de blanco, con pinos, palmeras y olivos en los amplios patios soleados, el lugar ofrecía una sensación de paz y sosiego indescriptible, y cuando dejó de oírse el leve rumor del motor del Mercedes la sensación fue paradisíaca. En uno de los olivos del amplio patio central algunos gorriones jugaban velozmente con cortos y agilísimos vuelos.

Alrededor del patio había grandes arcadas con ventanales tras los cuales se divisaban diferentes mobiliarios adaptados a diferentes salones… De uno de éstos salieron algunos hombres, que se quedaron mirando hacia el Mercedes. Brigitte los contemplaba a su vez mientras se apeaba, sin hacer caso a la solícita mano que le tendía Henri.

Contó siete hombres. El más joven debía de tener cincuenta años, y el más anciano sin duda había pasado ya de los ochenta, pero disponía de una espléndida cabellera gris que le confería un aspecto noble y notable. Los demás eran más corrientes, aunque tenían una cosa en común que Brigitte supo captar enseguida: una inteligencia notable, al menos a juzgar por su aspecto y su expresión. Todos ellos vestían de modo informal, como Honoré. Éste tomó de un brazo a Brigitte, y la llevó hacia el grupo de hombres.

—Caballeros —presentó, en francés—: la señorita Brigitte

Bierrenbach Montfort, directora de la Sección Internacional del Morning News de Nueva York.

—De modo que la has traído —comentó uno de ellos, entre los murmullos de salutación de los otros.

—No fue en absoluto complicado. Al contrario, ya que la señorita Montfort estaba deseando venir. Es cierto que ha estado haciendo todo lo posible por llamar la atención sobre su presencia en Alghero.

El hombre que había hablado antes, de unos sesenta años, de amplia frente y grandes ojos de inteligencia panorámica, preguntó:

—¿Y cómo se le ocurrió a usted venir a Alghero, señorita Montfort?

—Encontré un folleto turístico en el apartamento de Muriel Bouquet.

—Tengo entendido que encontró usted varios folletos turísticos.

—Sí, pero del Mediterráneo sólo había dos. El otro era de Chipre, y me pareció una zona demasiado lejana, y hasta conflictiva. El lugar ideal para esperar la cápsula era Alghero; quiero decir, de entre los que indicaban los folletos, claro. Cuando vuelvan a hablar con *Madame* Legrain salúdenla de mi parte.

Todos quedaron inmóviles y silenciosos, mirando a la espía americana como si tuvieran intención de absorberla con los ojos. Por fin, Honoré murmuró:

—¿De dónde saca usted que nosotros hemos hablado con *Madame* Legrain?

—Lo de los folletos turísticos sólo ha podido decírselo ella. O el tal señor Roger Penxenat, Pero yo creo que ha sido ella, lo cual hace comprensible todo lo demás.

—¿A qué se refiere? ¿Qué es todo lo demás?

—En contra de lo aparente, no fue Muriel Bouquet quien estuvo en contacto con los hombres del Peugeot 505, sino *Madame* Legrain, que se asustó cuando yo escapé de la trampa de Pierre y Robert. El del coche la llamó posiblemente en un momento tan inoportuno, impulsado por la urgencia, que Muriel Bouquet tuvo que comprender que *Madame* Legrain se traía algo extraño entre manos. De modo que *Madame* Legrain, tranquilizándola, le dijo que se reuniera con el del Peugeot 505, y que en su momento se lo explicaría todo. Confiada, Muriel salió a reunirse con aquel sujeto,

el cual la asesinó y la dejó abandonada en el Peugeot, que por supuesto era robado y no iba a constituir ninguna pista. Me inclino a creer que el sujeto en cuestión, a su vez, fue eliminado muy pronto, y su cadáver se hizo desaparecer. De este modo, todas las pistas quedaban cortadas, se relacionaba a Muriel Bouquet con el asunto, y nadie molestaría en el futuro a *Madame* Legrain. La cual, al volver yo a su casa esa misma noche, se asustó de nuevo, y en cuanto tuvo ocasión les avisó a ustedes de que la periodista americana, ayudada por altísimos funcionarios del SDECE francés, seguía en la brecha y además se había interesado a fondo por Alghero. Con todo esto, no es de extrañar que ustedes estuvieran pendientes de mi llegada a Alghero, y como yo, precisamente, quise destacar mi presencia, he aquí que nos hemos reunido. Y ahora sé más que antes: sé, por ejemplo, que aunque *Madame* Legrain no tomase parte en el suicidio de su marido (quiero decir que el suicidio fue verdadero), sí está involucrada en esto personalmente, no sólo como esposa de Daniel Legrain, el cual se suicidó… digamos asustado, o quizás arrepentido por haber tomado parte, inicialmente, en los planes de ustedes. Digamos que él, como ustedes, formaba parte del grupo mundial que desde el principio planeó apoderarse de la cápsula «Sapiens», a fin de hacerse con todo el saber del mundo. Supongo que en ese grupo hay norteamericanos, que aportaron sus conocimientos sobre la base de lanzamientos y ayudaron en el secuestro de los dos astronautas. Y debe de haber… intelectuales de diversas partes del mundo, todos ellos de alto nivel intrínseco de inteligencia que ha sido decisiva a la hora de escalar destacados puestos profesionales en las Ciencias, las Artes y las Industrias. En resumen, señores: ustedes son sólo una parte de un grupo internacional selecto en cuanto a inteligencia se refiere, y que han estado conspirando durante tiempo y tiempo para apoderarse de la cápsula «Sapiens» cuyo lanzamiento con todo el saber del mundo se estaba preparando. ¿Cierto?

Cuando Brigitte terminó de hablar, el silencio pareció realmente como una pesada losa que estuviera aplastando a los presentes. Nadie parecía capaz ni siquiera de respirar, todas las miradas estaban clavadas casi con espanto en la bellísima visitante de ojos azules que ahora iban mirando serenamente de uno a otro de los presentes.

Por fin, el hombre de más edad suspiró profundamente, y susurró:

—*Mon Dieu…*

—¿Le ha impresionado mi poder deductivo, *Monsieur*? —le sonrió la divina espía.

—Eso no es poder deductivo, señorita… ¡Eso es poder de adivinación!

—Claro que no. Si tuviese el poder de la adivinación sabría qué es lo que en definitiva pretenden ustedes, y eso no lo sé. ¿Serían tan amables de decírmelo? ¿Qué están tramando, qué es lo que piensan hacer con la cápsula «Sapiens»?

—La dejaremos en el fondo del mar —dijo Honoré.

—Ah, ya. Bueno, quería decir, claro está, con su contenido. ¿Para qué quieren ustedes ese contenido, los microvídeos y los *disketts*? ¿Qué es lo que pretenden hacer con todo el saber del mundo?

—Simplemente, disponer de él —dijo el hombre de los ojos de inteligencia panorámica—. Tenemos derecho a esa sabiduría global, y se nos ha estado negando.

—Me temo que no comprendo.

—Ives quiere decir —explicó Honoré— que todos nosotros hemos estados contribuyendo siempre al desarrollo de la cultura universal a unos niveles tan altos que merecemos más consideraciones de las que nuestros respectivos gobiernos nos han estado dispensando. Dicho de otro modo: nuestros respectivos gobiernos nos han estado utilizando, nos han pagado nuestros servicios con asqueroso dinero, y luego nos han apartado, es decir, han convertido todo ese saber del mundo elaborado por nosotros y otros como nosotros, en materia de especulación política y de poderío internacional. Se han quedado el fruto de nuestros estudios, lo han agrupado y compilado, y han enviado al espacio todo un bloque conjuntado de conocimientos del cual deberían habernos facilitado una copia, ya que a fin de cuentas el contenido de la cápsula es fruto de nuestras inteligencias y estudios. Pero como siempre, los Estados han hecho su jugada: utilizar las inteligencias de los ciudadanos, reunir los frutos de esas inteligencias, y usarlos ellos en sus beneficios presentes o futuros. Mientras tanto, los creadores de esa sabiduría quedan apartados, aislados unos de

otros, desconectados e inermes, siempre a disposición de los amos estatales. Pues bien, esta vez no va a ser así: nosotros tendremos esta noche todo el saber del mundo, instalaremos aquí los instrumentos necesarios para manipular los microvídeos y los *disketts*, y en poco tiempo nuestro grupo será realmente, el más sabio del mundo, como es de justicia. Ya no estaremos en compartimientos estancos, como nuestros gobiernos han conseguido mantenernos hasta ahora, sino todos juntos, aprendiendo unos de otros, alcanzando todos la dicha intelectual de disponer y asimilar todo el saber del mundo… ¿Me ha comprendido usted?

—Naturalmente. ¿Y eso es todo?

—¿Qué quiere decir?

—Aunque todo esto ha sido tramado y realizado apoyándose entre ustedes en diversas partes del mundo, lo cierto es que la realización final del plan ha requerido mucho dinero, Honoré. ¿Y debo entender y creer que todo ese gasto y todo ese esfuerzo se ha consumido para conseguir sólo lo que usted acaba de decir?

—¿Qué otra cosa, si no? —Estaba sorprendido Honoré.

Brigitte miró a los demás, que parecían tan sorprendidos y desconcertados como Honoré.

Por fin, suspiró y dijo:

—Como sea, lo cierto es que han estado utilizando asesinos profesionales. Eso no encaja con ustedes, en mi opinión.

—Encaje o no, a veces determinados servicios son necesarios… Bien, nosotros habíamos pensado sostener con usted una conversación larga y reposada hasta alcanzar nuestro objetivo, pero usted ni siquiera nos ha dado tiempo a entrar en uno de los salones, la situación y la cuestión ha quedado establecida claramente aquí mismo, en el patio. Y ya que estamos en esa línea de rapidez y… sinceridad, díganos: ¿quién la envió a conversar con *Madame* Legrain y exactamente por qué? ¿De dónde y cómo obtuvieron ustedes la información de que Daniel Legrain había estado formando parte de este asunto?

Brigitte sonrió encantadoramente.

—De modo que temen ustedes que en su grupo hay algún traidor que se ha enterado de algo y ha avisado a la CIA, por ejemplo. Un traidor de poca monta, pues de otro modo lo habría revelado todo, pero un traidor a fin de cuentas. Por ejemplo… ¿el señor Roger

Penxenat, amigo de la familia Legrain?

—Su agudeza nos tiene impresionados —dijo Ives—. Pero ahora lo que deseamos es que conteste a nuestras preguntas.

—Acabo de hacerlo. El señor Penxenat y yo hemos estado haciendo comedia, cuando la realidad es que fue él quien, comprendiendo que los Legrain estaban involucrados en algo muy importante, tuvo una intuición cuando el profesor Legrain se suicidó, y avisó a la CIA, para la cual ambos trabajamos secretamente, por supuesto.

De nuevo el silencio fue impresionante.

Tras unos segundos, Ives murmuró:

—Usted está mintiendo. Si estuviera trabajando para la CIA ya tendríamos aquí toda una invasión que habría llegado detrás de usted y de Honoré.

—Es verdad —suspiró Brigitte—. He querido darme importancia, eso es todo. Lo cierto es que Penxenat y yo somos amigos hace tiempo, y él me llamó hace unos días para atraer mi atención sobre el suicidio de Daniel Legrain, sugiriéndome que por fuerza tenía que estar relacionado con algo importantísimo. De modo que fui a París a visitar a *Madame* Legrain. Eso es todo.

De nuevo se produjo un notable silencio, mientras todas las miradas permanecían fijas en Brigitte.

De repente Honoré echó a andar hacia una de las amplias arcadas, pasó bajo ella, y entró en uno de los salones. Los demás permanecieron inmóviles, siempre mirando a Brigitte, la cual a su vez miraba con curiosidad y agrado alrededor.

Siempre se sentía bien cuando lucía el sol, especialmente aquel sol seco y penetrante.

Pero todavía se sentía mejor cuando su finísima sensibilidad psíquica percibía la llegada de ondas de inteligencia superior, procedentes de personas privilegiadas en cuanto a inteligencia se refiere; y su sensación de bienestar todavía aumentaba más cuando NO percibía ondas de maldad, como era el caso en aquel momento y situación. Fuese lo que fuese lo que aquellos hombres estuviesen tramando no era nada que pudiera ser calificado de malvado, no había maldad en aquellas mentes, ella lo sabía, sencillamente LO SABÍA.

Todavía transcurrieron no menos de tres minutos más antes de

que Honoré reapareciera…, acompañado de Roger Penxenat. Si Brigitte experimentó alguna sorpresa no lo demostró en modo alguno. Simplemente, se quedó mirando a ambos hombres mientras se acercaban, especialmente al muy alto, elegante, guapo, intelectual Roger Penxenat.

—Señorita Montfort —llegó diciendo el francés—, evidentemente a usted le encanta mentir.

—Bueno —sonrió Brigitte—, no soy la única persona que miente en este mundo, querido Roger.

—De acuerdo —admitió Penxenat—. Casi todos nosotros hemos estado mintiendo últimamente, mientras preparábamos la… captura de la cápsula «Sapiens». Y precisamente eso nos ha colocado al grupo en una situación comprometida oficialmente. Es decir, que si las autoridades supieran que hemos sido nosotros y nuestros colegas y compañeros de varias partes del mundo los que hemos conseguido la cápsula lo íbamos a pasar mal. Me temo mucho que no comprenderían nuestras razones, y nos… perjudicarían. Es por eso que precisamos inexcusablemente saber si usted recibió una pista de algún organismo que pueda perjudicarnos, como la CIA, o simplemente y en realidad su acercamiento a Elodie Legrain se ha debido a una iniciativa de usted nada más, lo que significaría que ni la CIA ni cualquier otro organismo tiene pista alguna respecto a nosotros. ¿Me comprende usted?

—Por supuesto.

—¿Y bien?

—Queden tranquilos —suspiró la espía—. Solamente yo conozco todos estos pormenores, y aparte de que una mujer sola bien poco podría inquietarlos o perjudicarlos a ustedes lo cierto es que me siento… digamos identificada con el grupo de Los Resentidos.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Ives.

—Que les comprendo y estoy de su parte. Lo que ustedes han dicho respecto al injusto trato que los intelectuales y científicos en general reciben de los gobiernos es cierto, y, en cuanto a mí, francamente, si con alguien me identifico plenamente no es con los políticos, militares, economistas y gentes así, sino con los intelectuales, y ello por una razón muy simple: yo también soy una intelectual, y les aseguro que no me disgustaría en absoluto entrar a formar parte de una… hermandad u organización que puede llegar

a disponer de todo el saber del mundo.

Capítulo VII

—Debo despedirme de usted, bien a mi pesar —le tendió la mano Penxenat—. Es usted una mujer fuera de lo corriente, Brigitte.

—No se precipite —rió la divina—. ¡Quizá todo sea pura fachada!

—Claro que no —rió también Penxenat—. En las pocas horas que llevo tratándola he tenido suficiente para catalogarla, y puedo asegurarle que en lo personal celebro muchísimo que esté usted dispuesta a integrarse en Los Resentidos. Por cierto que yo apoyaré su integración…, aunque no es necesario, pues todos mis compañeros están encantados con usted.

—Son todos muy amables —murmuró Brigitte—. ¿Regresa usted a París?

—Sí. Tengo cosas que atender allí. Ha sido un placer conocerla a fondo, y espero que en el futuro nos veremos con cierta frecuencia.

—Esté seguro de que así será.

Sonrieron de nuevo los dos, y Penxenat abandonó el saloncito donde se había instalado Brigitte después de la siesta, permaneciendo a solas hasta que Penxenat acudió a despedirse. Y de nuevo a solas, Brigitte regresó a sus pensamientos. El día había transcurrido apaciblemente en compañía de Honoré, Ives y los demás. Los iba conociendo a todos: Ives Tournafond, René Bouchard, Louis Saint-Blancat, Ettore Silvagni, Max Skobol, Giulio Scola, Richard Endicott… Intelectuales de varios puntos de Europa, y sin duda pronto llegarían a Alghero de otras partes del mundo, todos ellos dispuestos a entrar en conocimiento de todo el saber del mundo, al que ellos, cada uno por separado, habían contribuido.

Todo el saber del mundo…

¿No era esto demasiado saber, demasiada sabiduría? Además, ¿quién podía creer que alguna vez alguien podía alcanzar todo el conocimiento sobre el mundo? Era sencillamente imposible. Ni

siquiera el más inteligente y perceptivo y receptivo de los mortales podía alcanzar todo eso, nadie era capaz de alcanzar toda la sabiduría, ni aun dedicando a ello toda la vida. Tan sólo estudiando Botánica, por ejemplo, una persona podía pasarse la vida…, y llegar al término de ésta sin haber alcanzado a saber todo cuanto podía saberse sobre esa disciplina o ciencia. ¿Y qué decir de los estudios sobre el átomo, el rayo láser, la meteorología, la radio, la medicina o el estudio sobre los ojos solamente, el ajedrez, el judo, la astronomía…? ¿Acaso era creíble que alguien pudiera llegar a alcanzar todo el saber del mundo?

—Ah, está usted aquí —apareció Honoré—… Supongo que ya sabe que Roger ha partido hacia París.

—Sí —regresó Brigitte su atención al mando exterior—. Ha estado aquí para despedirse de mí. ¿Dónde se han metido todos?

—Hemos estado por la playa —sonrió Honoré—, asegurándonos de que todos los preparativos para la recepción de la «Sapiens» están funcionando adecuadamente.

—¿Y es así? ¿Todo va bien?

—Todo marcha perfectamente. Estamos en contacto con el pesquero y con todos los elementos que van a intervenir en la recogida de la cápsula, que llegará a nuestra playa de Porto Ferro esta noche, alrededor de las once. ¿Le gustaría a usted estar allí para recibirla?

—No me perdería eso por nada del mundo —murmuró Brigitte.

* * *

Desde una de las tres lanchas que esperaban la llegada del pesquero Brigitte vio aparecer éste como si de un enorme fantasma se tratara. Desde el pesquero llegó la comunicación radial informando que el módulo de traslado de la cápsula estaba tocando fondo, que su arrastre se estaba dificultando demasiado, y que por tanto el pesquero pedía el relevo.

¿Podía ya abandonar el módulo en la confianza de que el personal de las lanchas se haría cargo de él?

Desde la lancha donde iban los dirigentes de Los Resentidos se dio respuesta afirmativa a esto. Acto seguido todos pudieron ver cómo el pesquero, simplemente, viraba y desaparecía en las

sombras del mar. Poco después encendería sus luces normales y reglamentarias de navegación, navegando hacia su punto de origen tras todo un día «dedicado a la pesca»…

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Brigitte.

Ives Tournafond asintió, y dio la orden. Las tres lanchas se acercaron al lugar donde el fantasmal pesquero había virado, se detuvieron allá, y los anclotes fueron echados al fondo. Ocho hombres-rana se dispusieron a saltar al agua para bajar al fondo.

—Estoy asustado —murmuró Honoré junto a Brigitte—… Toda comunicación con los cuatro ocupantes de la cápsula quedó cortada hace más de doce horas. Temo que estén muertos.

Brigitte no contestó. Los hombres-rana estaban ya sumergiéndose, portando linternas y las herramientas necesarias para desensamblar las planchas metálicas con las que se había formado una caja dentro de la cual estaba la cápsula «Sapiens». En cuanto dichas planchas fuesen separadas y abandonadas en el arenoso fondo, la cápsula, liberada no sólo de su encierro, sino del tremendo peso de las planchas, saldría disparada a la superficie, igual que un corcho que hubiera estado retenido en al fondo y de pronto fuese soltado.

¿Se confirmarían los temores de Honoré? ¿Se habría convertido la «Sapiens» en el ataúd de cuatro hombres? Los dos astronautas secuestrados y los dos especialistas de Los Resentidos que habían viajado con ellos todos aquellos días para tenerlos bajo control mientras los astronautas, a su vez, controlaban la cápsula siempre siguiendo las instrucciones de los dos hombres que les acompañaban.

Brigitte veía bajo el agua las luces de las linternas desplazándose de un lado a otro, ofreciendo un bello espectáculo de luminotecnia. Las aguas eran tan transparentes que incluso podía ver algún hombre-rana. Era como contemplar el fondo de una bella cajita mágica de luces.

La caja metálica fue localizada muy pronto, y las tres lanchas se acercaron al lugar, impulsadas suavemente a simples golpes de remo; quedaron formando un triángulo en cuyo centro, en el fondo del mar, se habían concentrado las luces de todas las linternas. Brigitte podía ver ahora no sólo estas luces, sino a los hombres-rana, y, ciertamente, distinguió la gran caja metálica compuesta por

grandes planchas cuyos pestillos de fijación unas a otras estaban soltando los hombres-rana, hasta que, finalmente, quedó liberada la plancha de la parte superior, que fue rápidamente desplazada con el esfuerzo de todos los hombres-rana juntos…

Algo que sugirió por un instante la enorme mole de un cetáceo apareció de pronto, subiendo en efecto rápidamente hacia la superficie. Todo el personal que esperaba esto en las lanchas experimentó un inevitable sobresalto y las excitaciones fueron incontenibles cuando la cápsula «Sapiens» emergió con tal fuerza que pareció que incluso fuese a saltar fuera de las aguas. Éstas crujieron, formaron un enorme surtidor de espuma, cayeron con leve estruendo, y se deslizaron por la metálica superficie de la cápsula mientras alrededor de ésta se formaba una fuerte oleada que zarandeó las lanchas…

—*Mein Got*… —jadeó el alemán Max Skobol—. La tenemos… ¡La tenemos, está aquí!

La cápsula parecía una gran boya oscilante. Era enorme, grande como diez lanchas como las que esperaban. Toda su superficie abollada por cientos, miles de pequeños impactos, relucía como si se propusiera reflejar la luz de las pocas estrellas que se divisaban entre las neblinas marinas. Brigitte Montfort se estremeció, y no sólo debido al frío del lugar.

¿Qué iban a encontrar dentro de la cápsula…, aparte de todo el saber del mundo?

Los hombres-rana estaban regresando a la superficie. Una vez aquí comenzaron a sujetar algunos cables a la cápsula para fijarla entre las lanchas. De una de éstas se destacaron tres hombres, que eran los encargados de abrir la compuerta de acceso al interior de la cápsula. Se trabajaba en silencio, sólo se oía el chapoteo de las aguas contra la «Sapiens» y las lanchas. En una de éstas, un hombre atendía la radio, otro los mandos de un pequeño radar que advertiría la proximidad de cualquier embarcación. Todo estaba previsto, todo preparado para funcionar bien. Incluso se había calculado el tiempo que se tardaría en desmontar en el interior de la cápsula todos los aparatos que servían para la reproducción de los microvídeos y *disketts*, así como el traslado de éstos en sus cajas herméticas hasta las lanchas, cada una de las cuales debería hacer dos viajes hasta la playa, donde más hombres esperaban para

hacerse cargo del material y colocarlo cuidadosamente en el camión especial que aguardaba cerca de la arena.

La compuerta de la cápsula fue abierta desde el exterior por los tres expertos previstos. Uno de ellos se descolgó al interior, y casi enseguida desde el fondo llegó la luz. Se oyó la apagada voz del hombre. Los otros dos entraron también. Al poco reapareció uno de ellos, requiriendo la ayuda de los hombres-rana. Seis de éstos se desprendieron de sus equipos de aire y las aletas de los pies, y escalaron la cápsula asiéndose a las pequeñas manillas…

El primero en ser sacado de la cápsula y trasladado a la lancha donde estaba Brigitte y los demás dirigentes fue uno de los astronautas secuestrados, Archie Mc Grover. Le habían quitado el casco, y su traje espacial le sugirió a Brigitte, por un irreal momento, una película de ciencia-ficción. El astronauta Mc Grover parecía talmente un muñeco de blanda goma, una masa absolutamente inerte. El profesor Richard Endicott se apresuró a examinarlo…, mientras el personal de acción seguía sacando cuerpos inertes de la cápsula.

—¿Está muerto? —preguntó Brigitte.

—No —susurró Endicott—… Pero sí ha sufrido un tremendo *shock*, y de eso hace horas. No sé qué puede ocurrir.

—Lo que usted quiere decir es que se halla en estado de coma.

—Los examinaremos a fondo en la finca, pero… me temo que sí. De todos modos, espero que podremos recuperarlos. Todo estaba previsto, incluso este tipo de contratiempos.

Tres hombres más fueron sacados de la cápsula, y trasladados a la lancha. Su estado era idéntico al de Archie Mc Grover, lo que llevó a la conclusión de que no había habido dentro da la cápsula ninguna violencia de tipo personal, sino un percance de tipo aerotécnico que había fulminado simultáneamente a los cuatro hombres.

—Debemos llevarlos urgentemente a la finca —dijo Endicott—. El personal médico que está esperando tendrá que trabajar. Por fortuna también previmos este tipo de contingencias.

La lancha en la que viajaban los dirigentes y Brigitte, cargada ahora también con los cuatro hombres rescatados de la cápsula, emprendió veloz marcha hacia la playa, mientras el resto del personal se disponía a iniciar su trabajo dentro de la «Sapiens»

desmontándolo todo. Una vez hecho esto, y ya recogido todo el material, la cápsula sería remolcada mar adentro, en busca de un fondo adecuado, al cual sería enviada debidamente perforada y lastrada, para que jamás regresara a la superficie…

Casi media hora duró el viaje de la lancha hasta la playa de Porto Ferro donde esperaba el camión especial. En este camión fueron cargados los cuatro hombres de la cápsula, con los cuales viajó Brigitte hacia la finca, y lo mismo hicieron Endicott, Honoré y Skobol, que habían asumido cometidos de enfermeros, mientras los demás dirigentes de Los Resentidos viajaban en dos automóviles que habían estado aguardando.

La llegada a la finca se produjo sin novedad, y los cuatro viajeros del espacio fueron rápidamente trasladados a una de las salas de la planta baja donde se había habilitado un pequeño hospital de emergencia, con dos médicos y seis auxiliares, que se hicieron inmediatamente cargo de los desvanecidos personajes.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó Endicott al médico jefe del equipo.

—No molestar —sonrió el médico ceñudamente.

La puerta del improvisado hospital fue cerrada. Todo estaba en silencio. Brigitte miró su relojito de pulsera: eran casi las dos de la madrugada.

—Podríamos tomar café —propuso Louis Saint-Blancat.

La sugerencia fue acertada. Nadie tenía la menor intención de acostarse, por el momento. No sólo por la preocupación que ocasionaba el estado de los cuatro hombres de la cápsula, sino por toda la labor que se estaba realizando en torno a la cápsula «Sapiens». Habían sido meses y meses de trabajo secreto, de tensión, de ansiedad enorme. Y ahora, por fin, todo se había cumplido: Los Resentidos tenían la cápsula, disponían de todo el saber del mundo.

—*Sacre*! —exclamó Ives—. ¡Ni siquiera yo estaba seguro de que íbamos a poder conseguirlo de verdad!

—¿Y qué harán ahora que lo han conseguido? —se interesó Brigitte.

—Utilizaremos la información contenida en la cápsula para nuestro perfeccionamiento personal —saltó Ettore Silvagni—. Pero sobre todo, haremos las cosas de modo que los conocimientos del ser humano no sigan desarrollándose en compartimientos estancos

que sólo los Estados y los Gobiernos controlan a su conveniencia… A partir de ahora, los verdaderos y secretos conocimientos de la Humanidad serán aplicados al beneficio de la Humanidad.

—No sé si le entiendo bien —murmuró la divina.

—Nosotros sabemos que algunos Estados disponen de procedimientos curativos del cáncer, por ejemplo; procedimientos logrados por científicos a los que se prohibió la divulgación de esos conocimientos que los Estados se reservan, por el momento. Pues bien, a partir de ahora, nada de lo que pueda servir al hombre para mejorar su salud, su intelecto y su integridad mental y espiritual será mantenido en secreto. Por el contrario, conjuntando todos los conocimientos de la cápsula iniciaremos una nueva etapa de… cultura que abrirá nuevos horizontes de inteligencia y belleza física y espiritual a la Humanidad. Tenemos todas las piezas del rompecabezas, así que… ¡ha llegado el momento de componerlo!

—Y de hacerlo bien —apoyó sombríamente Max Skobol—… ¡Ya estaba harto de que la Humanidad se estuviese pudriendo!

—Je, je —se frotó las manos Honore—… ¡Quisiera vivir cien años más para poder ver todo lo que se puede hacer utilizando de verdad todo el saber del mundo!

—Dios bendito —casi tartamudeó Giulio Scola—… ¿Os dais cuenta de lo que podemos hacer? ¿Os dais realmente cuenta?

—Hey —se sobresaltó Ives—… ¡Estamos olvidando a nuestros colegas que nos han ayudado en todo el mundo! Deben de estar esperando la noticia de que todo ha terminado bien. ¡Tenemos que pasar la noticia en clave a la estación repetidora de Niza!

—Yo lo haré —se ofreció Bouchard—… Y pienso que no deberíamos tomar café, sino brindar con champán.

—Pasa esa noticia —sugirió Saint-Blancat—… ¡Diles a todos que se tomen una copa de champán! ¡Lo hemos conseguido!

—Je, je —volvió a frotarse las manos Honoré—… ¡Je, je, je! ¡Ya lo creo que lo hemos conseguido! ¿Le apetece una copa de champán, Brigitte?

La espía, que había ido mirando a uno y a otro atentamente mientras hablaban, sonrió encantadoramente.

—Querido Honoré —dijo—: el día que yo rechace una copa de champán será porque estaré muerta.

—Eso sería una inmensa y lamentable tragedia —dijo una voz

en la puerta del salón.

Todos se volvieron a mirar vivamente hacia allí, pero, evidentemente, sólo Brigitte reconoció al inesperado personaje.

—Anton —susurró.

El guapísimo y simpático Anton Vian sonrió, como queriendo quitarle importancia a la pistola con silenciador que empuñaba firmemente en la mano derecha.

Se apartó de la puerta… por la cual entraron rápidamente no menos de ocho hombres silenciosos, jóvenes, veloces, de aspecto decidido e incluso agresivo… y portando cada uno de ellos una metralleta. En un instante, esos hombres se habían repartido por todo el salón, que quedó estratégicamente controlado.

—¿Quién es usted? —consiguió reaccionar Ives.

—¿Yo? ¿De verdad no me conocen? ¿Brigitte no les ha hablado de mí?

Todas las miradas se volvieron inquisitivas hacia Brigitte, que, fruncido el ceño, dijo, de mal talante:

—Es un agente de la KGB soviética…, más listo de lo que yo creía.

—¿Un agente ruso? —jadeó Skobol—. ¿Y qué quiere?

—Evidentemente, quiere todo el saber del mundo. ¿No es así, Anton? ¿No estás aquí para apoderarte de todo el saber del mundo?

—Entre otras cosas —sonrió el apuesto Anton Vian—. Pero no he venido a Alghero en busca solamente de eso.

—¿No? ¿Qué más esperas encontrar aquí?

—Bueno —la sonrisa de Anton alcanzó matices angelicales—, me debes una noche de amor, ¿no es cierto?

Capítulo VIII

—Jamás dije que te concedería una noche de amor —sonrió a su vez la espía americana.

El espía ruso movió la cabeza con un simpático gesto como de disculpa.

—Te comprendo —dijo—. Pero ¿sabes?, tal como están las cosas no se trata de lo que tú quieras concederme, sino de lo que yo quiera tomarme… de ti o de cualquier otra persona de los aquí reunidos.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? ¿Quién te ha orientado?

—Te seguí.

—No es cierto —rechazó Brigitte—. Me consta que de ninguna manera pudiste seguirme ni rastrearme. Para llegar hasta aquí has tenido que valerte de cualquier otro procedimiento. ¿Cuál ha sido?

Anton frunció el ceño, permaneció reflexivo unos segundos, y por fin dijo:

—Hagamos una cosa: que nadie me inquiete, ni con preguntas ni con actitudes, y todo terminará bien para los que estamos aquí reunidos. No sé si me he explicado bien.

—Yo creo que sí —susurró Brigitte—: has querido decir, y lo has dicho bien claramente, que si no te complicamos la vida tal vez todo termine bien para nosotros, o cuando menos relativamente bien; pero que si de algún modo te fastidiamos o nos oponemos a tus planes y deseos nos matarás…, incluyéndome a mí.

—Eres una mujer muy inteligente —parecieron llamear los ojos de Anton Vian—. En efecto, eso he querido decir. Y ahora, vamos a dejar las cosas tan claras que nadie pueda luego alegar que no entendió mis… planes y deseos, como tú has dicho: quiero todo el saber del mundo. ¿Está claro?

—Era de esperar. Pero, Anton, ¿cómo esperas poder llevarte de

aquí todo ese material sin que nadie encuentre el modo de impedirlo? No son precisamente un par de libros, ¿comprendes?

—Te diré cómo me lo voy a llevar —dijo apaciblemente Anton—… Sé que tenéis en la playa de Porto Ferro un camión en el cual posiblemente en estos momentos ya están colocando la primera carga procedente de la cápsula. Tengo allá, en la playa, más hombres, que se harán cargo del camión cuando éste haya sido cargado completamente. El personal de Los Resentidos será… puesto fuera de combate mediante disparos de gas cuando hayan realizado todo el trabajo del traslado cargando el camión. Mis hombres se dirigirán, con el camión, hacia el aeropuerto de Alghero, donde tengo preparado un avión al cual será trasladada toda la carga. Una vez hecho esto, ese camión regresará aquí, con el personal de Los Resentidos, que serán también puestos fuera de combate por medio de disparos de gas. De este modo, mi camino hacia el avión quedará libre, exento de problemas y posibles contratiempos. ¿De acuerdo?

—Es un plan muy razonable. ¿No habrá muertos, Anton?

—Salvo que vosotros queráis —replicó un tanto secamente Vian—. Te advierto que no pienso confiarme en ningún momento, de modo que, aunque como has visto he planeado las cosas de modo que no muera ninguno de esos muchachos de las motos con cascos blancos que vigilan la finca, sí pueden morir algunos de estos señores si alguien me molesta.

—¿Quién podría molestarte cuando ya estuvieras lejos de aquí camino del avión? —se sorprendió Brigitte.

—No lo sé. Querida, te voy a decir la verdad: no me fío de ti, sé que puedes presentar en cualquier momento una jugada inesperada… y de resultados poco convenientes para mí. Es por eso que pensé la última parte de mi plan de… retirada, que consiste en lo siguiente: cuando todo esté en orden, y pese a que parezca que todo está controlado y que puedo ya marcharme tranquilamente hacia el aeropuerto, estos hombres que veis aquí —señaló con amplio ademán a los ocho sujetos armados con metralletas— se quedarán custodiando a estos caballeros tan inteligentes hasta que mi avión, ya cargado con todo el saber del mundo, pase por encima de la finca y haga determinadas señales con las luces. Esas señales significarán que yo estoy a bordo, que todo ha salido bien, y que el

asunto ha terminado; entonces, si nadie pretende molestarles, estos ocho hombres simplemente se marcharán, sin lastimar a nadie, y la operación habrá terminado con el menor daño posible. ¿Todos han entendido bien estas disposiciones mías?

Nadie contestó. Simplemente, todas las miradas antes tan alegres estaban ahora sombríamente fijas en Anton Vian.

Fue Brigitte quien habló de nuevo:

—Está bien. Por la cuenta que nos tiene todos permaneceremos en actitud pasiva hasta que hayas conseguido tu objetivo. Y yo seré la primera en no buscar complicaciones hasta que tus hombres se hayan marchado. Pero… ¿me permites decirte una cosa?

—Adelante —sonrió Vian.

—Eres un maldito embustero hipócrita.

—¡Bueno…! —rió Anton—. ¡Pero querida, eso es normal en gente como nosotros! ¿De verdad no pensaste que yo era un agente ruso que simplemente estaba haciendo mi trabajo?

—De manera que Rusia quiere la cápsula en cuyo equipamiento y lanzamiento colaboró. La quiere para ella sola.

—¿Eso te sorprende? —Se pasmó Vian—. ¿De verdad?

—Supongo que te parezco ingenua.

Anton ladeó la cabeza, entornó los párpados, y estuvo unos largos segundos contemplando atentamente a Brigitte. Por fin, murmuró:

—Más adelante hablaremos en serio de tu ingenuidad. Ahora, permíteme que sea yo quien te diga a ti una cosa: tú no podrás buscar complicaciones aquí cuando yo me haya marchado…, por la sencilla razón de que vendrás conmigo. Y ahora, señores, por favor, prosigan con lo que estaban haciendo mientras esperamos que el camión sea cargado. ¿En qué se ocupaban cuando yo les he interrumpido?

—Nos disponíamos a tomar unas copas de champán para celebrar el éxito de la operación que ha puesto la «Sapiens» en manos de Los Resentidos —dijo Brigitte.

—Estupendo —sonrió una vez más Vian—… ¡A mí me encanta verdaderamente el champán! Espero que nadie se oponga a que brinde con ustedes por el éxito de la operación.

* * *

Eran cerca de las cinco de la madrugada cuando tres hombres, también armados con metralletas, entraron en el salón donde, ahora silenciosos hasta lo sombrío, permanecían Los Resentidos; Anton Vian y sus ocho acompañantes, que no se habían descuidado ni un segundo, seguían por tanto controlando la situación, y el primero acudió a conversar en cuchicheos con los tres recién llegados. Desde su asiento, donde fumaba apaciblemente, Brigitte Montfort los estuvo mirando, prestando especial atención a los movimientos de los labios de Anton Vian, hasta que terminó frunciendo el ceño y desviando la mirada, disgustada consigo misma: no había conseguido «leer» una sola palabra de lo que Anton había dicho a sus hombres recién llegados. Pero era lógico… Era lógico, porque Vian no había conversado con sus hombres en ruso, sino en un idioma que la espía desconocía…

Anton Vian se encaró alegremente a Brigitte y Los Resentidos.

—Dama y caballeros, todos mis planes se han realizado con admirable exactitud, lo que significa que voy a tener la pena de dejarlos. Como les advertí, mis hombres se van a quedar con ustedes hasta que yo pase por encima de este lugar con mi avión. Por favor, no hagan nada que los lleve a la muerte. Ha sido un placer conocerles. ¿Vamos, Brigitte?

—Preferiría quedarme —murmuró Brigitte.

—Oh, vamos, no debes temer nada de mí.

—¿No? Me gustaría saber qué pretendes hacer conmigo exactamente.

—Ya deberías saberlo: una noche de amor. Lo he conseguido todo… ¿Por qué habría de privarme de ese agradable detalle que redondeará mi espectacular éxito?

—¿Y después de la noche de amor? —inquirió Brigitte.

—Pues… posiblemente seguirán otras. En cualquier caso, puedes tener la certeza de que no pienso lastimarte de ninguna manera.

—Aun así preferiría quedarme.

—Brigitte —Anton Vian la apuntó con su pistola, con gesto brusco y fiero—, no compliques las cosas.

—Está bien.

Anton Vian asintió con un gesto, habló de nuevo en aquel idioma que Brigitte desconocía, y dos de los tres hombres recién llegados se acercaron a la espía, le colocaron los brazos atrás, y le

pusieron unas esposas, con gestos rápidos. Cuando Brigitte vino a darse cuenta sus manos estaban fuertemente inmovilizadas a su espalda por los brazaletes de acero.

—¡Pero esto no es necesario…! —protestó.

—Querida —movió la cabeza Anton Vian—, yo soy quien dice en todo momento lo que es necesario o innecesario, lo que está bien, lo que está mal, y lo que se puede hacer o dejar de hacer. ¡En marcha!

El primero en salir fue el propio Anton Vian, llevando de un brazo a Brigitte. Detrás de él, sus tres hombres. Afuera, en el patio, había media docena de hombres más, todos ellos armados hasta los dientes. Un poco más allá, aguardaba con el motor ya en marcha uno de los coches de la finca de Los Resentidos. Anton y Brigitte entraron en la parte de atrás, uno de los hombres ocupó el sitio junto al conductor, y éste arrancó. Detrás partió otro coche con los otros dos hombres de confianza de Anton Vian.

—¿Y el camión? —murmuró Brigitte.

—Pronto lo verás.

En efecto, Brigitte lo vio muy pronto, pues desde la finca de Los Resentidos fueron directamente al aeropuerto, es decir, que tras bordear brevemente el lago Baratz alcanzaron pronto una carretera que discurría al pie de unos breves montes. Al fondo y a la derecha de éstos, siguiendo rectilíneas carreteras entre extensos campos de sembrados, divisaron las luces del edificio del aeropuerto, y no tardaron mucho en entrar en éste por su acceso del interior. En un extremo del reducido terreno destinado a aterrizajes había un avión, y junto a éste un camión que, justamente cuando llegaban allá, se ponía en marcha y se alejaba.

En el cielo había ahora miles de estrellas. La noche, en tierra firme, carecía de neblinas, era de una transparencia diáfana, bellísima. El automóvil se detuvo cerca del avión, y Anton Vian se apeó rápidamente, y se volvió para ordenar a Brigitte:

—Baja.

La espía americana obedeció, en silencio. El camión, ahora vacío, se perdía de vista. Brigitte miró el avión, dentro del cual, evidentemente, estaba ahora todo el saber del mundo: aparatos, microvídeos, *disketts*… todo estaba allí.

Anton Vian la llevó tomada de un brazo hacia la escalerilla del

avión, breve distancia que recorrieron rápidamente. En la entrada esperaban dos hombres, sin duda alguna los pilotos, que a una orden de Vian se apresuraron a correr hacia la cabina de mandos. Los otros tres, que habían subido detrás de Brigitte y Anton, se dirigieron a la zona de asientos, después que uno de ellos hubo cerrado la portezuela de acceso al aparato. Anton Vian condujo a Brigitte hacia la cola del aparato, donde estaba la zona de carga, separada por una estrecha puerta, que el espía abrió.

Entraron los dos, y Brigitte vio la carga, perfectamente colocada para un largo viaje.

Los motores del avión comenzaron a zumbar.

Anton Vian cerró la puerta, de modo que Brigitte y él quedaron solos en la zona de carga, en la cual el falso ruso encendió una luz.

Entonces Anton sonrió un tanto ceñudamente.

—No puedo creerlo —susurró—: la agente Baby capturada por un simple espía que hasta ahora podía ser considerado del montón. ¿No es algo verdaderamente extraordinario?

—¿De qué estás hablando? —susurró Brigitte.

—Será mejor que nos sentemos: vamos a despegar.

El avión se deslizaba por la pista. Era inútil preguntarse cómo había conseguido Anton Vian el permiso para la utilización del aeropuerto a su comodidad: Brigitte sabía que hay muchas cosas insólitas que los espías de cierta categoría pueden conseguir, ya sea utilizando el simple dinero o cualquier otro medio utilizando la inteligencia o el ingenio. Sencillamente, Anton Vian lo había conseguido, y eso era todo. Es decir, que lo había sabido todo desde el primer momento, y había podido prepararlo todo a su comodidad y conveniencia, sin un solo fallo…

Ya estaban volando. Vian encendió un cigarrillo, y miró con simpática expresión de burla a la espía, a cuyos labios acercó el cigarrillo. Brigitte dio una fumada, y, expeliendo el humo, preguntó:

—¿Quién es el traidor?

—¿Te refieres a uno del grupo de Los Resentidos?

—Sí, naturalmente. Alguien del grupo he tenido que ayudarte para que todo esto hayas podido hacerlo con tanto orden y tanta facilidad. Ha sido todo como… una comedia cien veces ensayada. Eso no se consigue sin una información total, Anton.

—Es cierto —admitió el otro, fumando—. Entre nosotros sería una tontería dárselas de desmesuradamente listo, ¿verdad? Alguien me ha ayudado, pero no te diré quién es… a menos que tú lo adivines. Vamos, di un nombre.

—Roger Penxenat.

Anton lanzó una incontenible exclamación que hizo sonreír a la espía americana.

—¿Cómo has podido adivinarlo? —se admiró Vian.

—Ha sido una corazonada. Aunque tengo que admitir que apoyada por determinados detalles. Ahora comprendo que cuando tú simulaste ayudarme en París sólo se trataba de hacerte amigo mío para sondearme a las buenas cómo había tomado yo la pista de Daniel Legrain en relación al secuestro de la cápsula «Sapiens». Hiciste una buena comedia…, y también la hizo Penxenat.

—No fuimos los únicos: tú también la hiciste. Porque no vas a seguir insistiendo en que fuiste a París como periodista, ¿verdad?

—Es lo que soy.

—Sí, cierto —asintió Anton Vian—. He leído muchos reportajes tuyos, y te admiraba. Pero cuando apareciste en París… comencé a pensar, a establecer relaciones entre tus artículos de problemática internacional y tu admirable personalidad, tu facilidad para viajar… ¿Será posible?, me decía continuamente, ¿podría ser ella la agente Baby? Al principio, la verdad, no quería ni podía crearlo. Pero luego, querida, comenzaste a moverte y a movilizar personal, a dar órdenes, a recurrir a altos jefes del SDECE e incluso te permitiste darle órdenes, o digamos… «sugerencias». Aun así, como yo tenía como principal objetivo conseguir todo el saber del mundo tuve que concentrarme en ello, y decidí dejar a la señorita Brigitte Montfort para más adelante. Pero pronto me enteré de que habías conseguido que el SDECE te facilitase la documentación a nombre de Muriel Bouquet, con la cual habías acudido a Alghero… ¿Podía quedarme ya alguna duda?

—Eres muy inteligente, Anton.

—En cambio, tú no lo eres tanto como yo temía. Si lo fueses no estarías aquí, a mí disposición, camino de… cierto sitio.

—Que no es Rusia.

—¿No? —sonrió Vian.

—Claro que no. Tú no eres ruso.

—¿Qué crees que soy, entonces? —Alzó las cejas Vian.

—¿Polaco, tal vez?

De nuevo lanzó una exclamación el apuesto espía. Estuvo unos segundos mirando con reconcentrada atención a su prisionera, y terminó por mover la cabeza con gesto admirativo.

—¿Qué más cosas podrías adivinar de mí? —inquirió.

—Pocas, pero suficientes. No creo que Polonia esté metida nada menos que en el robo de la cápsula «Sapiens», ya que no sólo carece de medios para organizar todo esto, sino que tiene cosas más urgentes en que pensar. De modo que no estás trabajando para Polonia. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—¿Te importa que lo dejemos en Anton Vian? Y no es que me guste utilizar un nombre ruso, pero puedo pasar por ruso perfectamente, y no es la primera vez que lo hago. Hablo perfectamente varios dialectos rusos, y puedo comportarme como un ruso de modo muy convincente. ¿Por qué tengo que ir por ahí delatando mi verdadera personalidad?

—Haces muy bien —elogió Brigitte—. De acuerdo, eres polaco, pero vamos a dejar tu nombre como está. Ahora bien, no estás trabajando para Polonia, ni, evidentemente, para Rusia, hacia la que no debes de sentir grandes simpatías precisamente. ¿Entonces…?

—Adivínalo, ya que tan lista eres —sonrió Vian.

—¿China?

Anton Vian palideció, su mueca fue de pronto hostil, incluso cruel. Con una mano agarró a Brigitte por los cabellos, obligándola a torcer dolorosamente el cuello hacia un lado.

—¿Quién te ha facilitado esa información? —jadeó.

—Nadie. Era muy fácil de deducir: de entre todas las grandes potencias solamente China no ha intervenido con aportación de ninguna clase a la dotación informativa de la cápsula «Sapiens». Cabe pensar que prefiere reservarse sus conocimientos…, y que arde en deseos de entrar en posesión de los del resto de las naciones más avanzadas. Apoderarse de todo el contenido da la «Sapiens» será un espectacular avance para la ciencia y la tecnología china, e incluso para su desarrollo armamentista, pues con tanta información sin duda sabrá extraer toda la que contribuya a la fabricación y/o perfeccionamiento de armas, aviones, submarinos,

guerras bacteriológicas... Espero que te des cuenta de lo que estás haciendo, Anton.

—Te diré lo que estoy haciendo —jadeó el polaco—... ¡Te lo voy a decir! ¡Estoy haciéndole la puñeta a Rusia, y estoy trabajando para el servicio de espionaje que mejor ha sabido valorar y pagar mis servicios desde hace mucho tiempo! Si gracias a mí, China consigue cualquier clase de arma que algún día pueda servir para aplastar a Rusia mi existencia habrá valido la pena.

—Si algún día China decide utilizar armas de altísimo poder no será solamente contra Rusia, Anton.

—Tal vez —terminó por sonreír Vian—, pero, querida, eso ya no es problema mío. Yo tengo un objetivo básico en la vida: fastidiar a Rusia lo máximo que pueda en la máxima cantidad de ocasiones que me sea posible. Todo lo demás me tiene sin cuidado. ¿Está claro?

—Sí. ¿Qué piensas hacer conmigo?

—Ya te lo he dicho: disfrutar de una noche de amor.

—¿Y después?

—Los chinos me tienen en muy alta estima profesional... ¿Te imaginas qué grado de admiración sentirán por mí cuando les entregue a la mujer que desde hace tantos años les ha tenido en jaque sin que jamás hayan podido tan siquiera tener una vaga idea de su identidad?

—Si me entregas a los chinos me harán pedazos —susurró Brigitte.

—Bueno, querida, pero eso ya no me importará porque habrás dejado de interesarme, Sin embargo, ahora me interesas mucho. Tanto, que nos pasaremos el resto de la noche haciendo el amor. Yo siempre consigo todo lo que deseo.

Anton Vian, que en todo momento había tenido sujeta a Brigitte por el cabello, la atrajo, y la besó en la boca salvajemente; enseguida lanzó una exclamación de dolor, y se retiró vivamente, llevándose las manos a los labios, que Brigitte había mordido. La sangre manaba en tal abundancia que Anton Vian montó en cólera. Comenzó a abofetear a Brigitte, y al mismo tiempo le desgarraba la ropa, hasta que la dejó prácticamente desnuda. Brigitte intentaba defenderse, pero sus manos, esposadas a la espalda, le impedían cualquier defensa mínimamente eficaz. Anton Vian terminó por

quedar de pie junto a ella, y le aplicó un feroz puntapié al vientre que terminó con la resistencia de la espía americana, casi privándola del conocimiento.

Farfullando ahora en polaco, Vian se pasó una mano por la boca, que sangraba todavía profusamente. Agitado por la ira, señaló a Brigitte con su dedo parecido a un torpedo, y jadeó, ahora en inglés:

—Te vas a arrepentir de esto, perra… Prepárate, porque cuando vuelva te voy a reventar las entrañas…

Restañando la sangre con un pañuelo, Anton Vian abandonó la zona de carga, cuya puerta cerró. El avión volaba ya a velocidad de crucero, sin novedad. Los tres hombres de confianza de Anton miraron a éste intrigados e inquietos cuando le vieron pasar hacia los servicios, donde el polaco pensaba poner el mejor remedio posible a sus sangrantes labios. Poco después, conseguido esto aceptablemente, fue a conversar con los pilotos, a los que interrogó respecto a la posición y ruta. Todo estaba bien: el avión había pasado ya por encima de la finca de Los Resentidos, haciendo las señales, de modo que el resto de los hombres de Vian se habrían marchado, desapareciendo de escena de acuerdo al bien preparado plan. Estaban volando ahora hacia el este, hacia el punto donde el avión debería aterrizar para repostar y proseguir su viaje hacia China…

Todo perfecto.

Un poco más tranquilo, controlada la furia que el tremendo mordisco de Brigitte la había provocado, Anton Vian regresó a la zona de carga, cuya puerta cerró de nuevo tras él. La luz seguía encendida. El polaco sonrió al ver a Brigitte acurrucada entre algunas cajas, medio envuelta en una vieja y sucia lona de las varias que había por allí. La espía americana tenía los cabellos revueltos, la mirada alterada, todo su cuerpo se adivinaba en tensión.

Anton Vian sonrió.

—No seas estúpida —dijo—. ¿Crees que esa lona va a detenerme? Te voy a violar como si fueses una bestia. Antes quería simplemente hacer el amor contigo, pero ahora te voy a violar, te voy a lastimar tanto que me pedirás amor… o que te mate. Y cuando termine contigo…

Mientras hablaba se había acercado a Brigitte, ante la cual se arrodilló, retirando la lona da un tirón.

La incomprensión hizo enmudecer a Anton Vian.

La sorpresa alargó su aturdimiento, su incapacidad para reaccionar.

No comprendía.

Estaba viendo a la espía americana sentada ante él, con las manos delante de sus desnudos pechos. No a la espalda, como deberían estar, sino ante el pecho. ¿Cómo era posible…?

Anton Vian presintió el ataque cuando ya era demasiado tarde, y no tuvo, por tanto, tiempo de nada. Vio alzarse las dos manos de Brigitte, esposadas, y cuando comprendió lo que ella pretendía hacer ella ya lo estaba haciendo: descargó un golpe fortísimo en su frente que hizo crujir toda su cabeza con resonancias de muerte al tiempo que la sumergía en una espesa telaraña da sombras. Todavía, vagamente, Anton Vian llegó a comprender que estaba siendo objeto de un ataque mortal por parte de la espía más peligrosa del mundo, y consiguió un mínimo de reacción, de coordinación mental que le impulsó a intentar sacar la pistola…

El segundo golpe, ahora lateral, le alcanzó en la sien izquierda. Una de las esposas se hundió allí con tremendo impacto, rasgó piel y carne, cortó venas, lo hundió todo… Anton Vian murió conservando en su rostro un gesto de sobresalto y espanto a la vez. Cayó de lado, y quedó así, desencajado el rostro, casi fuera de las órbitas los ojos.

Brigitte se puso en pie, se acercó a Vian, y le quitó la pistola provista de silenciador. Aspiró hondo, y se dirigió hacia la puerta, ante la cual se detuvo. Siempre lo mismo, siempre los hombres menospreciando a la mujer. ¿Cómo no se le había ocurrido a Anton Vian desconfiar al verla tapada con la lona? ¿Cómo no pensó que ella ocultaba algo? ¿Cómo había sido tan ingenuo de creer que ella, simplemente, intentaba protegerse de su agresión sexual?

Brigitte esperó todavía unos minutos ante la puerta, esperando a que se aliviase el dolor que le había producido su contorsión dorsal hasta conseguir pasar las esposadas manos bajo las nalgas de modo que habían pasado a quedar delante. Una contorsión difícil, pero que había valido la pena. Verdaderamente, Anton Vian no había sabido valorar realmente la peligrosidad de la espía americana. Había cometido el error de tantos otros…

Tras aspirar hondo de nuevo Brigitte abrió la puerta y salió de la

zona de carga, todavía con las manos esposadas, pero sosteniendo en la derecha la pistola de Vian.

Uno de los tres hombros de éste se volvió, todavía comentando algo con su compañero de asiento. Un gesto de pasmo apareció en su rostro. Brigitte disparó.

Plop.

La bala acertó al hombre en el centro de la frente, y lo arrancó brutalmente del asiento, salpicando sangre y masa encefálica a todos lados. Él estaba a su lado se volvió vivamente, gritando algo, y el otro, que leía una arrugada revista, arrojó ésta y se puso en pie de un salto, quedando en el pasillo y comenzando a apuntar su metralleta hacia Brigitte.

Plop, plop, disparó de nuevo la espía.

El del pasillo saltó hacia atrás como barrido por un huracán, lanzando la metralleta hasta el techo. El otro, con la bala en pleno corazón, se desplomó de modo que chocó de costado con el asiento de delante, rebotó, giró grotescamente, y quedó arrodillado junto a su compañero muerto en primer lugar.

Brigitte se acercó, registró a este hombre, y luego, tras titubear, fue a hacer lo mismo con el del pasillo. Éste era quien tenía la llave de las esposas, que Brigitte abrió sin mayores problemas. Ya libre de las esposas, y sin preocuparse en absoluto por el hecho de estar casi completamente desnuda, agarró una de las metralletas, y se fue con ella a la cabina de mandos.

Ante éstos, los dos hombres volvieron la cabeza, sonriendo, uno de ellos a punto de hacer un comentario indudablemente gracioso. Los dos sujetos palidecieron, y se quedaron mirando el negro ojo de la metralleta que les apuntaba.

—Estoy segura —dijo suavemente Baby Montfort— de que ustedes entienden perfectamente el inglés. Lo que no sé es si tienen algo que oponer a un cambio de ruta.

El avión, por supuesto, cambió su ruta.

Este es el final

Estaban los dos desnudos en la amplia cama matrimonial, y acababan de hacer el amor. Roger Penxenat encendió dos cigarrillos, y tendió uno de ellos a Elodie Legrain, que suspiró profundamente.

—¡No habría podido soportarlo por más tiempo! —exclamó—. ¡Es todo tan diferente contigo, Roger!

—Digamos —rió el bello intelectual— que mis… colaboraciones sexuales te satisfacen más que las de tu marido.

—¡Con gran diferencia! —rió Elodie; de pronto quedó pensativa, y tras fumar en silencio unos segundos murmuró—: Lo que no he conseguido comprender todavía es por qué se suicidó. Éramos discretos, yo no le había dado motivos visibles para que tuviese celos, todo iba bien… Sí, sí, ya sé que su muerte fue muy oportuna para tus planes y para nuestro amor, pero… ¿por qué se mató, qué motivos podía tener…?

—Sin duda murió de asco, *Madame* —dijo una inesperada voz.

El sobresalto de los dos amantes fue tremendo, y ambos dieron un salto en la cama, mientras sus desorbitados ojos contemplaban a la persona que acababa de aparecer tranquilamente en la puerta del dormitorio. Vestía un ajustado modelo de color negro, llevaba el cabello recogido, y en su mano derecha sostenía una pequeña pistola.

—Señorita Montfort —jadeó por fin Elodie—… ¿Qué… qué significa esto, cómo… cómo ha entrado usted en…?

—Ahórrese todas esas tonterías, *Madame*. Estoy aquí, simplemente.

—¿Cómo lo ha conseguido? —murmuró Penxenat.

—Lo he conseguido porque soy la agente Baby, señor Penxenat, lo que significa que dos papanatas como ustedes y un engreído como Anton Vian jamás podrían conseguir sus propósitos

enfrentándose a mí. Para resumir, le diré que todo el saber del mundo está en poder de Los Resentidos, a los que pienso apoyar en sus deseos y proyectos, porque ellos tienen la razón. También me complace decirle que nadie sufrió daño irreparable, así que los dos astronautas, al igual que los colaboradores de Los Resentidos, pronto recuperarán la plena normalidad de sus funciones, y los dos primeros serán puestos en libertad discretamente. Pero lo que verdaderamente me complace decirle es que Anton Vian, así como sus acompañantes, fallecieron víctimas de su estupidez y maldad. Los estúpidos fueron los dos pilotos, que pretendieron sorprenderme durante el vuelo…, y tuve que eliminarlos…

—¿Pilotó usted el avión? —jadeó Penxenat.

—Señor mío, soy capaz de hacer cosas mucho más interesantes que ésa. Por ejemplo, hago adivinaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que he adivinado de qué falleció Daniel Legrain… Mejor dicho, sé por qué se mató: de asco, insisto. Del grandioso asco que le produjo enterarse de que su querida esposa no era más que una sucia perrita caliente que se acostaba con su mejor amigo. También influyó el hecho de que sin duda, la vez o las veces que los sorprendió sin que ustedes se dieran cuenta, llegó a saber que, además, usted trabajaba con Anton Vian para apoderarse finalmente de todo el saber del mundo, y que su querida esposa le estaba apoyando. Tal vez el profesor Legrain llegó a pensar en matarlos a ustedes dos, pero no fue capaz. Sin embargo, incapaz de resistir la vergüenza, la infelicidad, y el asco que ustedes le producían, segó la vida que le unía a tanta miseria y podredumbre: la suya propia.

—Usted… no sabe lo que dice —jadeó Elodie.

—Señora, yo siempre sé lo que digo y lo que hago. Y no sólo eso, sino que todo cuanto yo digo y hago está siempre bien dicho y hecho. Soy consecuente, equilibrada, inteligente e implacable. No me gustan las medias tintas, detesto a los cobardes, a los cretinos y a los traidores. Soy, en suma, una persona normal que siente náuseas ante personas como ustedes, que por simple sexo y por simple dinero arruinan la vida de una persona honesta y se avienen a colocar en manos de China una información que tal vez, y fíjense que digo sólo «tal vez», en alguna ocasión podría ocasionar amplios

problemas de ámbito mundial. Con todo, comprendo a los chinos, ellos son consecuentes y normales. Ustedes no. Ustedes, simplemente, dan asco.

—¿Qué piensa usted hacer? —exclamó Penxenat, lívido de pronto.

—Me parece, *Monsieur*, que usted ya lo ha adivinado. Porque eso sí lo admito: tonto no es.

Plop, disparó su pistolita de cachas de madreperla la agente Baby.

La bala se hundió en la frente de Roger Penxenat, dejándolo sentado y muerto de modo fulminante. Elodie lo miró, desencajado el rostro, aterrada. Cuando miró a Brigitte Montfort de nuevo vio en los azules ojos tal expresión que, sin poder contenerse, comenzó a orinarse encima, al tiempo que sollozaba:

—No… No, no, no… A mí, no, no…

Plop, disparó Brigitte Baby Montfort.

FIN